

La Fe del Migrante

Introducción:		3
Capítulo Uno:	Descubriendo la fe de los trabajadores migrantes	5
Capítulo Dos:	Encontrar a Cristo en el migrante al sur de la frontera	14
Capítulo Tres:	En el campo con los trabajadores migrantes	23
Capítulo Cuatro:	¿Quién es el migrante?	28
Capítulo Cinco:	¿Quién es el campesino?	36
Capítulo Seis:	Apreciando la cultura, la religión popular y la evangelización incultrada	45
Capítulo Siete:	Ministerio y servicios para trabajadores agrícolas	48
Capítulo Ocho:	La preparación sacramental para los migrantes en los Estados Unidos ¿Reglas o barreras?	55
Capítulo Nueve:	Claves para la eficiencia de programas alternativos sacramentales	62
Capítulo Diez:	"Sólo tienes el tiempo que Dios te da". Misión de verano en The Dalles, Oregón	66
Capítulo Once:	Allensworth, California: Misión a una comunidad olvidada	73
Capítulo Doce:	Nueva evangelización - nuevos métodos	81
Comentarios Finales:	El desarrollo de una buena relación justa con los migrantes	87
Bibliografía		89

DEDICATORIA

Dedico *La Fe del Migrante* a aquellos que arriesgan todo al dejar su país de origen por razones de guerra, desastres naturales, opresión religiosa y desesperación económica en busca de una vida mejor.

AGRADECIMIENTO

Agradezco a todos aquellos que me animaron a escribir mis experiencias en el ministerio migrante. En particular doy las gracias al Consejo del Ministerio Extraordinario de la Diócesis de Fresno, California que lleva el mensaje del amor de Dios a la gente que vive en comunidades marginadas, campos y lecherías. Les doy gracias a los migrantes que me acogieron en sus hogares, compartiendo sus esperanzas, sus sueños y su fe. También agradezco a mi congregación religiosa, los Redentoristas, por darme la oportunidad de prestar mi ministerio a la gente que está al margen de la Iglesia. Y este libro no se pudo haber terminado sin las contribuciones de redacción y de traducción de María y Raúl Moreno. Dios bendiga y proteja a los migrantes e inmigrantes.

Introducción

En una audiencia ante representantes de los medios de comunicación el 16 de marzo de 2013, el Papa Francisco explicó su decisión de tomar el nombre Francisco. Dijo que durante su elección: “El Cardenal Claudio Hummes, un gran amigo, ... Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me animaba. Y cuando los votos subieron a los dos tercios ... él me abrazó, me besó, y me dijo: «¡No te olvides de los pobres!» Y esas palabras me llegaron: los pobres, los pobres. De inmediato, pensando en los pobres, pensé en Francisco de Asís. Después pensé en todas las guerras ... Francisco también es el hombre de la paz. Y así, el nombre me llegó al corazón: Francisco de Asís. Para mí él es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en estos días no tenemos una relación muy agradable con la creación ¿verdad? Él es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”

En sus primeros días, en sus acciones el Papa Francisco mostró el cuidado íntimo de Cristo y de la Iglesia por los pobres. *La Fe del Migrante* es la reflexión de un misionero Redentorista que lleva veintitrés años caminando con los migrantes descubriendo la fe, la esperanza y el amor de quienes han dejado su tierra natal en busca de una vida mejor para ellos y sus familias.

Hay un refrán para los miembros de la Congregación del Santísimo Redentor, que dice que los Redentoristas son llamados a "evangelizar y ser evangelizados por los pobres". Es fácil identificar la responsabilidad de los religiosos a evangelizar, pero experimentar la evangelización de los pobres es un reto y nos hace humildes. Hoy la migración es una realidad global que afecta a todas las naciones. En cada continente hay naciones que envían y reciben migrantes. Al salir de las naciones destrozadas por guerras, por desastres naturales y por falta de oportunidades económicas, los migrantes buscan una vida mejor para ellos y sus familias.

Cuando empecé a aprender español, el Padre Enrique López, C.SS.R. me dijo: "Espero que no seas uno de esos que piensa que cuando aprende el español, ya sabe todo lo que necesita saber para trabajar con los latinos. Necesitas conocer las costumbres, la fe y la lucha de mi pueblo. Si no caminas con mi pueblo, no te molestes en aprender español". Mi caminar con los migrantes empezó hace más de veinte años. El migrante es el modelo de ser

cristiano. El migrante es alguien que busca una vida mejor con confianza en Dios, aún en los tiempos más difíciles.

El ministerio con los migrantes expone al ministro a una fe profunda si el ministro está dispuesto a reconocer la fe del migrante. El migrante puede vacilar con expresiones de la doctrina y la enseñanza de la Iglesia, pero su fe fluye desde el corazón. Donde hay amor, hay Dios. *La Fe del Migrante* invita a la gente en el ministerio a apreciar la fe de las personas que desafortunadamente con frecuencia están al margen de la Iglesia. Esperemos que la Iglesia cumpla la esperanza del Papa Francisco: “¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres!”

Capítulo Uno: Descubriendo la fe de los trabajadores migrantes

Al considerar al campesino, al migrante, al inmigrante, al indocumentado, al ilegal, al forastero, necesitamos recordar estas palabras que dijo Jesús: “*Cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí*” (Mt. 25,40). En la parábola del juicio final, Jesús se identifica con el pobre y el marginado. Por más de veinte años que llevo trabajando en el ministerio hispano, me ha conmovido la fe de los migrantes e inmigrantes latinoamericanos. Mis ideas y mi pasión por el ministerio migrante se han formado principalmente por mi experiencia en una variedad de actividades apostólicas al norte de la frontera.

En enero del 2007, tuve la oportunidad de tomar un año sabático. Mi Superior Provincial me dijo: “Descansa, juega un poco de golf y no trabajes por seis meses”. Esto suena como el acto más fácil de obediencia que jamás me pedirán. De inmediato salí para hacer un recorrido de cinco semanas a México. No me preocupaba por la vivienda porque la gente seguido me decía, “Padre, tiene su pobre casa en México...” Me encanta decirle a la gente que al hacer mi voto de pobreza me convertí en la persona más rica del mundo porque verdaderamente tengo más casas que todas las personas que conozco. Fui a visitar mis casas en México en diez distintas comunidades desde las playas de Puerto Vallarta a los pueblitos en Jalisco, Michoacán, Guerrero, Durango y Coahuila, hasta Cuernavaca y la Ciudad de México. Me quedé en casas recibiendo en abundancia lo que Cristo prometió a sus discípulos.

Escuché las esperanzas y sueños del pueblo, sus historias al cruzar a los Estados Unidos y su dolor al ser separados de sus seres queridos por la experiencia de la migración. Fui a México con la esperanza de retar, modificar, y profundizar mis ideas sobre la inmigración.

Viajé en México por autobús para sentir la realidad del otro lado de la frontera. Por primera vez en mi vida disfruté caminar en las playas mexicanas, participé en una fiesta religiosa en uno de los santuarios de México (Nuestra Señora del Rosario en Talpa de Allende, Jalisco), viví en pueblos rurales profundamente impactados por la migración hacia el norte y escuché a la gente contar sus historias de cruzar y trabajar en “el Norte”.

Al regresar a los Estados Unidos y contar las historias de las personas a quienes conocí, muchos me dijeron: “Espero que escriba sobre su experiencia de su año sabático”. Las historias que cuento no son entrevistas

palabra por palabra, sino que son historias del oído del oyente más que de la boca del cuentista. Aviso al lector que mis traducciones de lo que la gente me dijo son las interpretaciones de un sacerdote del norte. Aún así, espero que mis interpretaciones den luz y entendimiento a las realidades complejas de la migración y el ministerio al migrante. Mucha gente, mayormente hispana, pero algunos americanos e inmigrantes, han informado y formado mi entendimiento de ver a Cristo en “*el más pequeño de mis hermanos y hermanas*”.

Hay muchos estudios teológicos y sociológicos de la fe y de la espiritualidad Latina. Tales estudios académicos se encuentran en programas de estudios latinos en el Colegio Católico México Americano en San Antonio, en la Universidad de Norte Dame, en La Universidad de Boston College y en muchos institutos y universidades. Mi estudio sobre la fe de los migrantes fue una jornada de experiencia más que un estudio académico. Mi interés fue directamente pastoral al preguntarles a los trabajadores migrantes sobre la experiencia de la Iglesia en su jornada de fe. He visto las luchas de los trabajadores migrantes para sobrevivir y prosperar en los Estados Unidos. He trabajado en el ministerio juvenil y en el ministerio parroquial. Además, he predicado en misiones parroquiales y en asuntos de justicia y paz con migrantes. He celebrado maravillosos momentos de alegría y esperanza con la gente, he oído de las dificultades que contrae la separación de las familias y he visto terribles abusos y tragedias en las vidas de los migrantes.

Mi interés es el cuidado pastoral, llevar la gracia de Cristo al trabajador migrante a través del ministerio de la Iglesia Católica. Una función importante de la Iglesia es permitir que Cristo toque la vida de los migrantes. La Iglesia necesita trabajar por la justicia del inmigrante, abogar por leyes morales y justas de inmigración y proteger a los inmigrantes por medio de cuidado de salud, educación y servicios sociales. La Iglesia trabaja para abogar por los derechos de los trabajadores, sus intereses económicos y su seguridad en el trabajo. Y la Iglesia trabaja para reunir a todo el pueblo para ser uno en Cristo. Todos estos ministerios están al pendiente del bienestar social del migrante, pero ¿cómo nutrimos su fe y dejamos que la gracia de Cristo toque sus vidas?

Mis primeras experiencias en la vida del campesino migrante

Durante el verano de 1998, pasé cuatro semanas con campesinos migrantes en The Dalles, Oregón durante la cosecha de la cereza. Lovina Pammit e Israel Martínez, dos misioneros laicos, me acompañaron. Cada

noche celebramos misa en diferentes huertas. Antes de cada misa, yo escuchaba confesiones mientras que los misioneros laicos preparaban a la comunidad para la misa. Durante la misa, Lovina e Israel llevaban a los niños para escuchar la liturgia de la palabra y yo hablaba con los adultos. Lovina e Israel regresaban a los niños para la liturgia de la Eucaristía. Después de la misa, platicábamos con los migrantes y aprendíamos acerca de sus vidas.

En varias ocasiones pregunté a la gente qué necesitaba de la Iglesia. Algunos hablaban de la necesidad de abogar por las preocupaciones mencionadas anteriormente, pero una y otra vez la gente pedía que se les reiterara de la presencia y amor de Dios en sus vidas. Pedían oración, instrucción religiosa y atención a su dolor sobre la separación de sus familias. Muchos pedían la gracia de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Primera Comunión para sus hijos. Una señora me dijo: “Padre, no necesitamos que usted sea nuestro abogado o trabajador social. Necesitamos que usted sea nuestro sacerdote”.

Israel Martínez observó que mientras mucha gente asistía a nuestras misas, muy pocos recibían la comunión. Empezó a preguntar y se dio cuenta de que muchos nunca habían recibido su Primera Comunión. Muchos de los jóvenes decían ser católicos, pero nunca se les había instruido en las enseñanzas básicas de la Iglesia. Cuando preguntamos, los padres y jóvenes nos dieron un vistazo sobre sus experiencias con la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Muchos dijeron que en las parroquias en California donde vivían, habían preguntado sobre la preparación de sus hijos para la Primera Comunión. Seguidamente decían que las clases empezaban en septiembre y terminaban en mayo. Algunos vivían en comunidades que tenían programas que duraban dos años o más. Una parroquia que contaba con miles de familias mexicanas había puesto un límite indicando que, por año, solo 100 niños podían participar en el programa de Primera Comunión. Muchos niños terminaban en lista de espera. Para muchos trabajadores migrantes, simplemente no era posible que sus hijos asistieran a tales programas porque trabajaban en el campo y seguían la cosecha. Muchos niños eran bautizados, pero pocos recibían su Primera Comunión.

Ese verano empecé mi relación con los campesinos migrantes. Un evento sobresaliente del verano tomó lugar durante la segunda semana de la cosecha. Celebré mi vigésimo quinto aniversario como sacerdote. Los trabajadores de una huerta tomaron el día libre y me prepararon una fiesta. Los hombres prepararon birria y carnitas, mientras que las mujeres prepararon

los frijoles, arroz y salsa. Fue un domingo y después de la misa de las seis de la tarde, cerca de 300 trabajadores migrantes acudieron a la fiesta. Un grupo de trovadores iba de mesa en mesa cantando para entretenernos. No hay mejor modo para que un misionero celebre su aniversario.

Después de dos veranos predicando misas en campos migrantes, presenté un plan para un programa de preparación para la Primera Comunión al pastor de la Iglesia de San Pedro y al Obispo de Bend, Oregón. Ese programa, la misión de la cosecha de cereza en The Dalles, Oregón, completó su décimo tercer verano en el 2010. A través de esos años hubo 900 Primeras Comuniones, más de 400 Confirmaciones, 160 Bautismos y seis Matrimonios. La misión me concedió el privilegio de entrar al mundo del campesino migrante.

“Acompañando a los migrantes” en vez de “trabajar por los migrantes”

Una de las mayores bendiciones de mi año sabático en 2007 fue entrar en el mundo de los trabajadores migrantes. Por cuatro meses viajé con los trabajadores, a veces viviendo en campos migrantes y pizcando cerezas. Parte del tiempo me quedaba en las rectorías aprendiendo cómo las parroquias y las diócesis en Oregón, California, y Washington se acercaban a la gente. Pude sencillamente estar con los trabajadores en vez de hacer algo por ellos. A menudo, al hacer algo por alguien, no nos damos cuenta que nuestro servicio impone expectativas en aquellos a quienes servimos. No pensamos como esas expectativas pueden convertirse en un peso para los pobres a quienes ayudamos.

Los migrantes enfrentan muchas dificultades. Existen fuerzas que quiebran el espíritu de gente en movimiento, como la separación de seres queridos. Hay sentimientos de culpabilidad cuando un migrante no puede estar presente cuando un parente está enfermo o agonizando. Muchos migrantes están separados de sus cónyuges e hijos por largos periodos de tiempo, con dudas de volver a verse. Existen tentaciones para olvidar porqué trabajan en una tierra extraña. El alcohol y la soledad alejan a la gente de sus valores y aplastan sus sueños. La búsqueda de una mejor vida para ellos y su familia se puede convertir en materialismo. Primero uno compra un par de botas nuevas, una hebilla, ropa y luego una camioneta, estéreo y televisión. Tal parece que los casinos aparecen por todos lados más y más en comunidades rurales. La tentación de deseos individuales disminuye la dignidad y unidad tradicional del migrante.

En medio de las dificultades y sufrimientos, uno aún encuentra gran esperanza y alegría en la comunidad migrante. El trabajo es arduo y los trabajadores sobrellevan muchas dificultades para lograr una mejor vida para sus familias. Sin embargo, siempre hay una razón para una fiesta y si no hay razón, se inventan una. Entre ellos, los trabajadores hablan de las bendiciones que reciben de Dios. La práctica religiosa es una combinación de espiritualidad tradicional y carismática.

A veces se nota cierto cinismo tocante a la religión cuando la gente expresa su frustración hacia líderes religiosos a quienes acusan de hipocresía. Detrás de ese cinismo hay una combinación de frustración al no sentirse bienvenidos en las iglesias católicas en los Estados Unidos y un sentimiento de devaluación personal. Muchos se cansan de las comparaciones combativas que se hacen de las enseñanzas católicas y protestantes. El cinismo se expresa en ideas, pero el sentimiento viene del corazón.

La fe del migrante se encuentra en el corazón. Parte de la identidad del migrante es su fe. Está profundamente entrelazada en todas sus relaciones. Se expresa en la cultura, la música, la familia y el patriotismo. El “grito de la independencia mexicana” incluye la identidad de ser católico: “¡Qué viva la raza! ¡Qué viva la patria! ¡**Qué viva la Virgen!**” Ese grito viene del corazón de la gente que ve su identidad social, política y religiosa como la base de su dignidad humana.

El caminar con los migrantes

Cuando empecé a estudiar español, el Padre Enrique López, C.SS.R., me dijo: “Espero que no seas uno de esos que piensa que cuando aprende el español, ya sabe todo lo que necesita saber para trabajar con los latinos. Necesitas conocer las costumbres, la fe y la lucha de mi pueblo. Si no caminas con mi pueblo, no te molestes en aprender español”. Su consejo fue rígido, pero valoro sus palabras y he procurado caminar con los migrantes. Tres años después, me pidió que predicara una misión en su parroquia.

Hace poco, una parroquia en la diócesis de Fresno no tenía sacerdote. Al principio, el pastor necesitaba ayuda porque estaba enfermo y después se jubiló. Por diez meses, algunos sacerdotes ayudaron a celebrar misas los fines de semana. Yo di diez misas en esa parroquia. Antes de asignar a un nuevo pastor, el Deán de esa región se reunió con la gente para prepararla para la

llegada del nuevo pastor. Una señora le dijo: “¿Porqué no nos manda al Padre Mike”? El Deán les preguntó:”¿Porqué quieren al Padre Mike”? Ella le respondió: “Padre Mike es un americano. No solo aprendió nuestro idioma, sino que estudió nuestra historia y le encantan nuestras prácticas religiosas y festividades. Cuando él explica de la historia de la conversión en México, salimos de la misa orgullosos de ser católicos”. Ella continuó: “Desafortunadamente, otros predicadores nos regañan y nos vamos tristes. Por favor, mándenos al Padre Mike”.

Dando ministerio al migrante

Como seminarista, pasé dos veranos trabajando con sacerdotes en los campos de trabajadores migrantes. Las condiciones de trabajo y el estilo de vida de los trabajadores migrantes han cambiado en los últimos años. Los asuntos de inmigración, la salud, la educación y las condiciones de trabajo de los campesinos son siempre la preocupación de la Iglesia al servir las necesidades de los migrantes. Nuestra Iglesia enfrenta grandes retos al responder a las necesidades de los migrantes en los Ministerios de Caridades Católicas y en los Ministerios de Paz y Justicia. Sin embargo, la prioridad de todo ministerio es evangélica y sacramental.

El Ministerio Migrante necesita enfocarse en acoger al migrante en nuestras comunidades católicas y en hacer la presencia sacramental de Cristo accesible para el Pueblo de Dios. Una mujer migrante me dijo: “Padre, no necesitamos que usted sea nuestro trabajador social ni nuestro abogado. Necesitamos que sea nuestro sacerdote. Necesitamos que bautice y enseñe a nuestros hijos. Necesitamos que nos muestre como seguir a Jesús”. En mi trabajo como coordinador del Ministerio Campesino, a menudo me preguntan sobre asuntos de inmigración, vivienda para trabajadores y asuntos de justicia y necesidades económicas. Sin embargo, seguido me acuerdo de las palabras de esta mujer: “Sea nuestro sacerdote”. Parte del servicio caritativo de nuestra Iglesia es juntar ropa y comida para los pobres. Luchar por una reforma migratoria justa y luchar por la protección de los derechos de los trabajadores son otra parte importante del ministerio migrante, pero ninguno de estos asuntos de justicia puede ser más importante que lo que esta mujer me pidió: “Enséñenos y tráiganos el amor de Cristo”.

Necesitamos honrar y reconocer la profunda fe de la comunidad campesina. Muchos campesinos vienen de un catolicismo enraizado en la religión popular. Aunque hayan tenido poca instrucción formal de la fe, están

firmes en su fe católica por medio de las devociones fuera de las estructuras sacramentales de la fe. Sin embargo, la fe de muchos campesinos y sus hijos se pone a prueba cuando las reglas de muchas parroquias les niegan acceso a la gracia de los sacramentos. Cuando los programas existentes de preparación sacramental no pueden dar acceso a los fieles a que se acercan a la parroquia para pedir los sacramentos, los agentes pastorales deben buscar alternativas para proveer los sacramentos. Los programas alternativos necesitan experimentar con horarios, útiles y lugares para esas actividades. Cuando un programa alternativo tiene éxito, los programas establecidos pueden encontrarse con el reto de mejorar sus propios métodos.

El campesino pide la bendición de la Iglesia para reafirmar su relación con Dios. La experiencia migratoria devalúa la dignidad y respeto de la persona. Al migrante se le humilla de muchas maneras: al perder su identidad, al tener que vivir con identificación falsa, al mentir y al perderse en el sistema de la inmigración. El trabajo es difícil e inconsistente. Existe poca seguridad y estabilidad en la vida del migrante. Y a menudo, al acercarse a la Iglesia, recibe castigos.

Con frecuencia, los programas sacramentales de las parroquias están llenos de reglas que son muy difíciles de satisfacer por razones de trabajo y por la incertidumbre de las vidas de los migrantes y sus familias. En la celebración de un cumpleaños de un niño, un trabajador me dijo: “Aquí las reglas de la Iglesia crean barreras que impiden que los migrantes reciban la gracia de los sacramentos”. Él hablaba de los muchos obstáculos que los migrantes enfrentan al traer a sus hijos a recibir la Primera Comunión y la Confirmación.

Ministerio extraordinario – Un reto al ministerio ordinario

La historia de la Iglesia está llena de fervor creativo desde el tiempo de los apóstoles hasta el presente. San Pablo llevó el mensaje de Jesús a los no judíos. Él luchó contra aquellos que querían que los convertidos se circuncidaran antes de ser aceptados en la Iglesia.

Después, los fundadores de ordenes religiosas formaron comunidades de personas dedicadas a atender las necesidades de aquellas personas que no recibían atención en la experiencia ordinaria de la Iglesia. Los Santos, por ejemplo, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Ignacio Loyola, Alfonso Liguori, Rose Philippine Duchesne, Damien de Molokai, Teresa de Calcuta y muchos

otros vieron a la gente al margen de la sociedad y de la experiencia de la Iglesia que necesitaba evangelización y sentir el amor de Dios. Al principio, estos fundadores de órdenes religiosas y otros incomodaron a otras personas a su alrededor al atender las necesidades espirituales de la gente a quien el ministerio ordinario de la Iglesia no solo había fracasado en servir, sino que había fracasado en verla o reconocerla.

En 1983, en un discurso a CELAM (El Consejo Episcopal Latinoamericano), el Papa Juan Pablo II pidió una nueva evangelización: “La evangelización tomará su mayor energía si es un compromiso, no para re-evangelizar, sino para una nueva evangelización, nueva en su ardor, métodos, y expresión”. Pidió a la Iglesia reconocer la realidad cambiante de la gente a la que servimos. El mensaje del evangelio es dinámico. La evangelización no es estática. Cuando hay casos que necesitan una nueva evangelización, se necesitan nuevos métodos. Los “nuevos métodos” en evangelización no condenan los métodos antiguos de catequesis, sino que piden a la gente que esté libre de prejuicios a la cambiante realidad del pueblo de Dios.

La evangelización no es adoctrinamiento. Mientras que la doctrina es una parte importante del crecimiento en la fe, el deseo de conocer más sobre la fe viene de la experiencia de un encuentro con lo divino, un encuentro con Dios. En *Disciples Called to Witness*, (Discípulos Llamados a Atestigar), el USCCB (Conferencia Episcopal Católica de los Estados Unidos) dice: “La nueva evangelización busca invitar al hombre moderno y a la cultura a entrar en una relación con Jesucristo y su Iglesia” (*Disciples Called to Witness*, p.6). El Papa Pablo VI dijo que el testimonio alimenta esta relación: “El hombre moderno está más dispuesto a escuchar a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros, es porque son testigos” (*Evangelii nuntiandi*, 41).

En la literatura sobre la nueva evangelización, muchos muestran preocupación por la falta de asistencia en la misa dominical. Una gran mayoría de los católicos no participa regularmente en los servicios dominicales. Esto es más complejo que simplemente atribuir la falta de asistencia regular a la secularización, el materialismo y el individualismo. El impacto de la disminución en las vocaciones al sacerdocio, la calidad del predicar y la respuesta a los comportamientos escandalosos del clérigo contribuyen al distanciamiento de la Iglesia. El análisis de la participación en la Iglesia no está completo si no tomamos en cuenta cómo se presenta la evangelización.

La polaridad entre conservadores y liberales no nos ha permitido reflexionar sobre el llamado del Papa a la evangelización. Los nuevos métodos no son ni liberales ni conservadores. Necesitamos permitirnos analizar las realidades pastorales que enfrentamos y buscar soluciones que responden a las necesidades de los que piden la bendición de Dios. El testimonio y los nuevos métodos de evangelización retarán el status quo de las parroquias que no estén dispuestas a evaluar con frecuencia los métodos utilizados en la catequesis.

Mi deseo es invitar a las personas envueltas en ministerios a apreciar la fe y dignidad de la gente migrante. Invito al lector a ver a los migrantes no tanto como personas que necesitan ser evangelizadas, sino a acogerlos y permitirles que nos evangelicen con su fe y con su esperanza que ha sobrevivido tantas dificultades. Al darnos la oportunidad de entrar en las vidas de los migrantes, conocemos sus necesidades y les permitimos mostrarnos a Cristo. Como dijo Jesús: “*Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa*” (Mt. 25,35).

Capítulo Dos: Encontrar a Cristo en el migrante al sur de la frontera

Empecé mi año sabático en 2007 visitando a unos amigos americanos en su casa en la playa de Puerto Vallarta. Era una buena forma de obedecer las ordenes de mi superior de relajarme. Un día, al caminar por la playa conocí a Jonatán, originario de la Ciudad de México. Tenía casi treinta años. En su juventud, había tenido la idea de que, si aprendía inglés bien, podría encontrar un buen trabajo en una zona turística en las playas de México. Por eso, fue a Detroit, lejos de la frontera mexicana con la esperanza de aprender inglés. Vivió en Detroit por diez años. Dijo que trabajó para compañías de autos, pero al describir sus ganancias, parecía que trabajaba para un subcontratista que hacía trabajo sin sindicato limpiando y detallando autos. Nunca ganó más de \$8.50 la hora.

Jonatán hablaba muy bien el inglés a pesar de sólo haber estudiado en clases comunitarias de inglés como segundo idioma. Regresó a México pensando que pronto conseguiría trabajo en una zona turística. Consiguió trabajo en un hotel grande. Dijo que ganó \$400 su primera semana en el hotel. Cuando lo conocí, solo había estado diez días en Puerto Vallarta. Dijo que era católico, pero que no asistía a misa mientras estaba en los Estados Unidos. Agregó que no era realmente feliz al estar lejos de su casa. Cuando le pregunté de sus deseos para el futuro, me contestó: “Padre, en cinco años estaré administrando este hotel”. Él era joven, hablaba inglés con facilidad, y tenía plena confianza que podría sobresalir en la zona turística de Puerto Vallarta.

El propósito principal de mi viaje a México fue ir a conocer a las familias de las personas a quienes he llegado a conocer en el trabajo migrante en los Estados Unidos. Gracias a su hospitalidad, conocí a muchos en sus comunidades quienes me contaron sus historias sobre la migración a los Estados Unidos. Me quedé en sus hogares, comí alimentos exquisitos y me acogieron como parte de sus familias.

Pasé dos días con las hermanas de un migrante que conozco en California. Empezando con ellas y sus amistades, comencé a preguntarle a mucha gente: “¿Cómo ha afectado a México la migración?” Los comentarios de la gente eran muy acertados y fue interesante notar cuando sus respuestas empezaron a formar un patrón. Había diferencias marcadas al hablar con sacerdotes y religiosas sobre sus impresiones de la migración y las impresiones de la gente laica. Al hablar con personas que habían estado en Estados Unidos y con aquellos quienes sólo conocían sobre los estados Unidos

por lo que les habían contado sus parientes o amigos, había perspectivas muy distintas.

Al cuestionar a los sacerdotes y a las religiosas, las respuestas tenían mucho en común. La primera respuesta sobre el impacto de la migración en México siempre era: “La desintegración de la familia”. Esta desintegración ha impactado enormemente a las comunidades en México al irse los hombres a los Estados Unidos por la desesperación económica con la esperanza de proveer para sus familias o con la esperanza de eventualmente llevar a la familia a los Estados Unidos. El dinero enviado por los trabajadores en los Estados Unidos provee para las necesidades básicas de los miembros de la familia en México, pero a veces con el dinero viene la tentación de más y más materialismo. Junto con el dinero en el hogar mexicano, uno puede encontrar divisiones en las familias basadas en la economía.

El Padre José Guadalupe (Lupe) me dijo: “El impacto negativo afecta de muchas maneras. La triste realidad es que en el otro lado hay oportunidad. El dinero que se gana, aunque en Estados Unidos no sea una gran cantidad, es mucho más de lo que aquí es posible”.

Continuó el Padre Lupe: “Una segunda tristeza es que a menudo la separación es permanente. Algunos regresan en ataúd, otros nunca regresan. Muy a menudo, las familias no saben si sus hijos llegaron o no. Cuando se dan cuenta que su hijo o hija ha logrado cruzar, se alegran por su seguridad, aunque sienten incertidumbre de volver a verlos. Muchas familias jóvenes, esposas e hijos, viven con la duda de cuando o si algún día se unirá su familia.

El Padre Agustín me dijo: “Puerto Vallarta no está tan afectado como otras partes de México porque aquí hay trabajo”. Yo hablé en su clase de Confirmación y sólo dos de treinta estudiantes tenían un hermano o hermana o padre en los Estados Unidos. Estos estudiantes estaban en la preparatoria o la universidad. Era muy distinto en las zonas rurales de México. En las comunidades rurales la mayoría de los jóvenes a quienes conocí habían estado en los Estados Unidos o estaban haciendo planes para irse. En las comunidades rurales había menos oportunidad de asistir a la preparatoria, mucho menos a la universidad.

Mientras los sacerdotes, religiosas y líderes comunitarios parecían culpar a las tentaciones de la vida en los Estados Unidos y lo difícil que es cruzar la frontera que separa a las familias por las dificultades de la migración,

los pobres y los mexicanos de la clase media no culpaban a un grupo u otro por las dificultades de la migración. No escuché que la gente expresara molestias ni culpas hacia el gobierno mexicano por sus problemas ni enojo hacia la indignidad que la gente sufría en el consulado estadounidense. Simplemente había una gran tristeza por la desesperación de la gente en México. Las personas que culpaban a los demás por los problemas o sentían rencor eran casi siempre las personas con más educación y oportunidad.

Una tarde, platicué con Petra P., su hijo Javier y su nieta Samantha. Petra tiene un hijo en Oxnard, California. Él ha estado lejos casi 17 años. Regresó para el funeral de su papá y al regresar a los Estados Unidos lo aprehendieron, lo apresaron por más de un mes y luego lo dejaron libre. Petra habló del dolor de la separación y la incertidumbre sobre la seguridad de su hijo. Ella tiene una nieta que nunca ha visto. Espera tener la oportunidad de visitar a su hijo y a su nieta, pero se le negó una visa de turista anteriormente ese año.

Samantha preguntó: “¿Porqué los americanos odian a los mexicanos”? Fue una pregunta llena de dolor y sencillamente de no entender la enemistad de tantos americanos. La gente en México se relaciona a menudo con los americanos en el trabajo del turismo. En su trabajo muestran hospitalidad y se preguntan porque los americanos no tratan a los trabajadores en los Estado Unidos con más civilidad y generosidad. Samantha y Javier se preguntaban porqué no podían ir de visita a América. Ellos no quieren vivir allá. Solamente quieren visitar a sus parientes.

Talpa de Allende, Jalisco

Después de pasar tiempo en Puerto Vallarta, fui a Talpa de Allende, Jalisco. Talpa tiene uno de los santuarios de México: el santuario de Nuestra Señora del Rosario de Talpa. De 20,000 a 30,000 peregrinos estuvieron presentes para la fiesta de la Presentación del Niño Dios el 2 de febrero. Muchos de los peregrinos caminan al santuario desde más de noventa millas de distancia.

La magnificencia de la fiesta fue un espectáculo único para un turista americano. Durante la fiesta, les pregunté a muchos de los participantes sobre el impacto que la migración tenía en México. Una señora de Tepic, Nayarit me dijo que su hijo se había ido hacia siete años y que desde entonces no lo había visto. Ella quería ir a los Estados Unidos para ver a sus nietos, pero no

podía conseguir una visa. Con amargura me dijo: “¿Porqué los americanos no nos respetan? Los recibimos aquí a menudo y con amabilidad”. Ella trabajaba en la industria de turismo.

Una mujer de Colima indicó que aquellos que se van al norte y regresan de visita vuelven cambiados. Unos regresan como protestantes, algunos son muy materialistas y extraños a su familia. Ella agregó: “Hablan más y escuchan menos”.

Cuando salí de Talpa, tuve que cambiar de estación de autobús en Guadalajara. En el camino, tuve una conversación interesante con Salvador, un taxista. Él trabajó en Los Ángeles, San Francisco y Las Vegas para pagar por la construcción de una casa para su mamá y para juntar \$25,000 para pagar por un taxi y una licencia. Su intención no era quedarse en los Estados Unidos y por el racismo que sufrió, ansiaba el día en que podría volver. Odiaba vivir con el constante temor a “la Migra” o a que alguien lo reportara por envidia. Nunca cruzó por su mente la idea de quedarse en los Estados Unidos. Hace diez años regresó a México, compró su taxi y se casó. Recuerdo que me dijo: “Soy muy feliz en mi casa en México. No soy rico, pero tengo buen trabajo con mi taxi”.

Galeana, Michoacán

En Michoacán, yo quería ver los efectos de la migración en Galeana, un pueblo de 7,000 habitantes. Cuando llegué al pueblo de Puruándiro, fui a una pequeña tienda para llamarle a unos amigos en Galeana para pedirles que vinieran por mí. Mientras estaba en la tienda, el tendero me platicó sobre Galeana. Me dijo: “Galeana es conocido por su catolicismo y sus muchachas bonitas”.

Galeana se encuentra en un hermoso valle. La mayoría de las calles están pavimentadas y las casas son bien cuidadas y más modernas de lo que uno podría imaginar. Pero pronto es obvio que la belleza del pueblo se mantiene con dinero del Norte. La gente está orgullosa de su pueblo y hace todo lo posible para evitar que se convierta en un pueblo fantasma como muchos otros en México. Es un pueblo típico de la región, donde los jóvenes se van al Norte a buscar trabajo. Por muchos años los jóvenes de la comunidad se fueron al Norte a trabajar en las cosechas de la fruta y la verdura en California, Oregón y Washington. Ahora se van a Florida, Georgia y muchas

otras partes de los Estados Unidos para trabajar en la agricultura y la construcción.

En la primaria católica de Galeana, les pregunté a los 150 niños: “¿Cuántos tienen un padre, hermano o hermana que trabaja en los Estados Unidos?” Todos menos dos niños alzaron la mano. La oportunidad de una educación es una de las mayores atracciones para irse al Norte. Recientemente construyeron una secundaria en el pueblo. No hay preparatoria. Cuando terminan la escuela, los jóvenes tienen que mudarse a un pueblo más grande o irse a los Estados Unidos para educarse y trabajar.

Al terminar mi estancia en México, me di cuenta de que Galeana era un pueblo poco usual. Una gran cantidad de su gente regresa a Galeana cada invierno. Muchos permanecen ahí por varios meses desde noviembre a marzo. Existe un cariño especial hacia este pueblo entre los que se han ido al Norte. La mayor parte de los que regresan y pueden entrar legalmente a los Estados Unidos obtuvieron su residencia durante el programa de amnistía a finales de la década de 1980. Otros han arreglado por medio de un parente o pariente. Algunos de los jóvenes nacieron en Estados Unidos mientras sus padres trabajaban en los campos agrícolas. Los que tienen documentos son los afortunados.

Aún así, hay muchos indocumentados que regresan cada noviembre. Regresan a su hogar cada año, aunque cruzar la frontera se ha puesto más difícil y peligroso. Toman el riesgo de no poder regresar a Estados Unidos porque quieren que sus familias permanezcan en su querida Galeana. La mayoría de los indocumentados que regresan cada año son hombres que están separados de sus esposas y de sus hijos ocho meses al año. Del primero de marzo al primero de noviembre, Galeana es un pueblo de mujeres, niños y personas mayores.

La desesperación en la comunidad de Galeana principalmente es producto de la grave falta de empleo y de oportunidad de educación y progreso para los niños. José Medina ha trabajado en la cosecha por más de veinte años en California, Oregón y Washington. Cuando lo conocí, su hija tenía siete años. Él había solicitado para la residencia de su esposa e hijos para vivir en Estados Unidos. Él dijo que prefería vivir en México y continuar yendo a los Estados Unidos para trabajar en la cosecha, pero su hija es muy inteligente y él quería que ella tuviera una oportunidad educativa que no podía lograr en el

pueblo de Galeana. Si Galeana tuviera una preparatoria, José no tuviera que salir de su pueblo.

Otro hombre, Ramón, compartió que, al cruzar el desierto con unos amigos, unos bandidos los robaron y los golpearon. Un amigo quedó seriamente herido. Ramón y otros dos compañeros cargaron a su amigo todo un día intentando llegar a la carretera para pedir auxilio. Su amigo falleció menos de una milla antes de llegar a la carretera. El peligro al cruzar el desierto es muy real en este pueblo de Galeana. Dos hombres de este pueblo murieron en el desierto en 2006 y 2007. Aún así, la gente cruza el desierto cada año para buscar empleo en Estados Unidos por el bien de sus familias.

Mientras estaba en Galeana, supe que veintidós jóvenes salían el próximo lunes para los Estados Unidos. Cuatro de ellos tenían residencia legal o eran ciudadanos americanos. Los demás intentarían cruzar por el desierto. Al terminar la misa que celebré el domingo, invité a todos a rezar por la seguridad de los que salían al Norte. Simplemente recé por su seguridad e invité a los jóvenes que estaban presentes que pasaran al frente por una bendición. Después de la misa, una señora me dijo: “Padre, nuestros hombres se han estado yendo al Norte por muchos años y ésta es la primera vez que un sacerdote nos invita a rezar por ellos en misa. Y el sacerdote es un americano. Gracias”.

Los hombres que estuvieron en misa me invitaron a cenar con el grupo esa noche para bendecir a los demás. Esa noche, veinte de los hombres se juntaron en una casa. Todos se reunieron alrededor de una mesa grande. En la mesa había una botella de tequila y un montón de tamales. Los hombres que habían cruzado la frontera antes empezaron a contar sus experiencias. Las historias causaron mucha risa, pero también seriedad. Los hombres iban al Norte con la esperanza de encontrar trabajo, enviar dinero a su hogar para el cuidado de sus seres queridos y con la esperanza de poder regresar a Galeana. Se sentía una mezcla de ansiedad, emoción y temor. Lo más importante es que se sentía una esperanza que el temor no podía reprimir. La imagen que vi en estos hombres me recordó de los sacrificios de las familias al reunirse cuando una persona joven se va a la guerra en el servicio militar.

Le pregunté a la gente que cambios les agradarían en la realidad migratoria entre los Estados Unidos y México. Muchos padres dijeron: “Padre, lo único que queremos es que nuestros hijos crucen con bien”.

Desesperación y esperanza en zonas rurales de México

Después de estar una semana en Galeana, pasé tiempo en otras zonas rurales de México en los estados de Guerrero, Durango y Coahuila. La realidad de muchos pueblos pequeños era la desintegración. Había pueblos con muchas casas clausuradas con tablas o que se caían en ruinas. En Guerrero, me mostraron una foto de un pueblo que antes tenía una escuela y los servicios de un pueblo pequeño de 800 habitantes. Hoy, los edificios del pueblo están en ruinas y más o menos una docena de personas mayores continúan cuidando sus casas en el pueblo. Árboles y arbustos crecen en medio de lo que antes era una escuela.

Un sacerdote me dijo: “La gente no sale de México por la pobreza; la gente sale por la desesperación. La gente pobre aún puede encontrar que comer, pero cuando una persona no tiene trabajo y pierde su dignidad como persona, hará lo necesario para restaurar su dignidad. Para una persona desesperada, la migración es la lucha humana por la dignidad”.

En la pobreza y desesperación que uno encuentra en México, uno aún puede conocer gente alegre, esperanzada y digna. En un pequeño pueblo fuera de Iguala, Guerrero, la juventud muestra un fervor increíble al cuidar al pobre. Tavo Martínez y su esposa Marilú son voluntarios como catequistas en la iglesia y guían un grupo de jóvenes. Mientras yo estaba ahí, su grupo asistía a un anciano que vivía en un edificio abandonado. El anciano había estado en la cárcel por mucho tiempo y ahora era libre, pero no podía cuidarse porque padecía de enfermedad de Alzheimer. El grupo de jóvenes organizó a más de veinte personas para turnarse y llevarle comida al anciano diariamente. Lo bañaban y le lavaban su ropa dos veces a la semana, aunque era difícil entrar a su vivienda por el fuerte olor. Cada domingo, la gente se turnaba para llevarlo a misa. Uno de los momentos más conmovedores de mi estancia en México fue ver a Tavo bañar y vestir al anciano para prepararlo para la misa. Tavo cantaba corridos mexicanos mientras bañaba al anciano con cuidado y dignidad.

Al visitar las zonas rurales de México fue como ver las zonas rurales de América durante los años del “Dust Bowl” y de la Gran Depresión. El “Dust Bowl” fue uno de los peores desastres ecológicos provocado por condiciones persistentes de sequías. El suelo, despojado de humedad, era levantado por el viento en grandes nubes de polvo y arena tan espesas que escondían el sol. El “Dust Bowl” multiplicó los efectos de la Gran Depresión en la región y

provocó el mayor desplazamiento de población en un corto espacio de tiempo en la historia de los Estados Unidos. Tres millones de habitantes dejaron sus granjas durante la década de 1930, y más de medio millón emigró a otros estados, especialmente hacia el oeste (Worster, 1979). La diferencia entre este gran desplazamiento en Estados Unidos y México es que en México esta realidad ha estado ocurriendo por generaciones. El movimiento de gente al Norte ha sido costumbre en las zonas rurales de México por tanto tiempo que la migración es simplemente una realidad de la vida.

La vida en la ciudad de México y en otras ciudades grandes de México

La mayoría de los trabajadores migrantes vienen de zonas rurales de México, pero en mi año sabático fui a la ciudad de México, a Cuernavaca, a Torreón y a Durango a visitar a personas que habían sido trabajadores migrantes. Estas personas regresaron a México por varias razones. La economía en las ciudades es mejor que en zonas rurales de México para quienes pueden encontrar empleo. Aunque los ingresos son menos de lo que ganan en Estados Unidos, muchos tienen la oportunidad de comprar una casa gracias a unos programas recientes de viviendas que ofrece el gobierno.

Los proyectos de vivienda que ofrece el gobierno en las ciudades grandes son impresionantes. Las comunidades están muy bien planeadas con fácil acceso al transporte público. En cada comunidad hay escuelas, supermercados, farmacias, clínicas, áreas de recreo, iglesias y otros servicios que apoyan a la comunidad. Estos proyectos de vivienda proveen a los trabajadores de bajos ingresos la oportunidad de ser dueños de sus casas. Además, estos proyectos permiten que un gran número de trabajadores jóvenes sean propietarios y formen una nueva clase media en México.

Las personas que conocí en estos proyectos de vivienda del gobierno se sentían más optimistas en cuanto a México y a su futuro personal que la gente en zonas rurales. Martín y Rosa Leal me platicaron hasta bien entrada la noche sobre sus esperanzas y sueños para sus dos hijos. Martín me dijo: “Cuando yo estaba en los Estados Unidos, ganaba más dinero que aquí, pero no se si podía proveer una mejor vida para mis hijos. Aquí gano como una tercera parte de lo que ganaba en los Estados Unidos, pero solo pago \$180 al mes por nuestra vivienda, y seré dueño de esta casa en treinta años. El último apartamento que renté en 1994 en Estados Unidos costaba más de \$650 al mes. Ahí, yo tenía que manejar a cualquier actividad, mientras que aquí mis hijos caminan a la

escuela y el supermercado está a dos cuadras". Martín quiere visitar a sus amigos y parientes en Estados Unidos, pero no tiene deseos de vivir ahí.

Regreso al Norte

Algunos americanos dudaran de mis observaciones sobre la migración de la gente de México porque mis visitas fueron tan positivas. Fui a visitar a gente que yo había conocido en programas religiosos en Oregón, California, Kansas y Colorado. Son personas trabajadoras con dignidad y valores basado en su fe. Son las mismas personas que uno conoce en tantas de nuestras iglesias, escuelas y vecindades.

Mi estudio sabático continuó cuando regresé a los Estados Unidos y pasé cuatro meses trabajando y viviendo con los trabajadores migrantes en California y en Oregón. Mi pregunta en México era: "¿Cómo ha afectado a México la migración?" Ahora quería saber cómo la migración había afectado a aquellos que venían a trabajar y vivir en los Estados Unidos.

Cinco años después de mi año sabático

Tristemente, las condiciones en gran parte de México han deteriorado con el impacto de la violencia y los carteles de drogas en México. Hay algunos aspectos de progreso aún en la sociedad mexicana, pero la violencia y la amenaza de la violencia aumentan la inestabilidad de México. Mucha gente en los Estados Unidos teme por la seguridad de sus seres queridos en México. Muchos se sienten culpables por no poder proteger a sus familias. No hay respuestas fáciles a las condiciones en el otro lado de la frontera, pero necesitamos estar conscientes del estrés que estas condiciones causan en las vidas de los migrantes en los Estados Unidos. Como la economía de los Estados Unidos ha disminuido en años recientes, la atracción de empleos en este país tiene menos atractivo en la sociedad mexicana, pero la violencia e instabilidad que causan los carteles de droga crean otro "empuje" para que la gente se venga al Norte.

Capítulo Tres: En el campo con los trabajadores migrantes

Había aprendido mucho sobre las vidas de los migrantes en los diez años que ofrecí programas de catequesis para trabajadores del campo en los campos migrantes en Oregón y California. Vi el trabajo y las condiciones de vida y conviví con muchos trabajadores del campo, pero nunca había trabajado en el campo ni en la cosecha. Durante mi año sabático en 2007, pasé tres meses siguiendo a los trabajadores desde Stockton, California a Oregón y a Washington. Parte de este tiempo, viví y trabajé con migrantes pizcando cerezas en Stockton. En otras partes, me quedé en las rectorías. Visité los lugares de trabajo, campos y ministerios ofrecidos por las iglesias locales de California, Oregón y Washington.

Me puse de acuerdo con un contratista en Stockton para vivir con los trabajadores en el campamento pizcando cerezas con una familia distinta cada día. Mientras trabajaba, podía platicar con ellos y aprender sobre sus vidas como trabajadores migrantes. Viví en el campamento migrante. Trabajé para entender las vidas de los trabajadores, compartiendo lo que tenía con ellos como tantos de ellos compartieron conmigo. Compré lo que necesitaba en el pueblo con los otros trabajadores, pateé una pelota de fútbol, jugué baloncesto y aprendí juegos de baraja que nunca había conocido. Aprendí la rutina de vivir en un campamento migrante.

En mi primer día en la huerta, mientras pizcaba cerezas, los que no me conocían preguntaron: “¿Quién es el gabacho trabando con nosotros?” Muchos no podían creer que yo era sacerdote. Al principio, había algunos que no se sentían a gusto con mi presencia. Algunos terminaban el día con una cerveza y la escondían cuando me veían. Al día siguiente, la mayoría se sentía más a gusto y me preguntaban cuantas cajas había pizcado. Varios me ofrecieron una cerveza.

Hay aspectos de la vida migrante que yo no podía compartir. Yo no estaba trabajando para sobrevivir. No tenía una familia que dependiera de mí. Como americano, tenía seguridad. Yo sabía que podía irme a cualquier hora, y como el acuerdo con el contratista era que no recibiría un sueldo, no tenía presión de cuanto lograba en mi trabajo. El pago de las cajas de fruta que yo pizcaba se le agregaba a la gente con la que yo trabajaba. A la tercera noche, declaré que al siguiente día yo “calificaría”. Uno necesitaba pizcar doce cajas de cerezas para ganarse el sueldo mínimo, y yo estaba intentando lograr eso. Los trabajadores no querían que yo usara una escalera. Se preocupaban de que

me fuera a caer. Yo insistí en aprender a trabajar en una huerta. Al cuarto día, aprendí a usar la escalera y empecé a pizcar las cerezas con más agilidad. Al final del día, Joaquín me gritó: “Padre, ¿cuántas cajas pizcó hoy?” Le respondí: “Catorce”. Todos aplaudieron. Luego le pregunté a Joaquín: “¿Cuántas cajas pizcaste tú?” Él respondió: “Cuarenta y dos”.

Hay bendiciones sorprendentes cuando uno se concentra solo en pizcar fruta bajo un árbol. Las preocupaciones del mundo desaparecen mientras uno se adentra en el ritmo de pizcar la fruta. Los ruidos en la huerta incluyen los pajaritos y los radios distantes tocando música latina. Se escucha el ruido de éxito mientras las cerezas caen en el balde. Plunk, plunk, plunk. Es buena noticia cuando uno escucha los gritos avisando que la “lonchera” ha llegado. El trabajo se detiene por un tiempo mientras los trabajadores compran y consumen comida de la “lonchera”. Los trabajadores platican de sus familias y de sus pueblos natales.

La cosecha de la cereza termina entre las dos y las tres de la tarde. El calor del sol cae sobre la huerta y la gente regresa a sus viviendas. Algunos se quedan en el pueblo con amistades o parientes en casas, algunos se quedan en viviendas que provee el dueño de la huerta, pero muchos se quedan en campamentos bajo los árboles en la huerta.

Después de haber vivido dos semanas en Stockton, California, fui a The Dalles, Oregón para el programa de catequesis que me introdujo a los trabajadores migrantes. Algunos con los que viví en Stockton también se fueron a The Dalles. Otros se fueron en otras direcciones siguiendo distintas cosechas. La experiencia de pizcar cerezas me abrió muchas puertas con los trabajadores migrantes. Algunos no podían creer que yo realmente había pizcado cerezas. Un hombre en The Dalles no lo podía creer hasta que le dije el nombre del contratista y describí la huerta donde me quedé. Se convenció cuando le describí la huerta, especialmente cuando le conté que otros trabajadores y yo teníamos que bañarnos en un arroyo porque solo había dos baños para casi 100 trabajadores.

La variedad de trabajo que hacen los trabajadores migrantes

Después de una cosecha, los trabajadores usualmente viajan con otros miembros de la familia encaminándose en distintas direcciones para el siguiente trabajo. Unos se van de The Dalles, Oregón para pizcar cerezas en Washington o Montana mientras que otros se van a California para las

cosechas del durazno y la ciruela. Otros siguen las cosechas de la pera, nuez, cebolla, tomate, mora, uva y otras frutas y verduras. Cada cosecha requiere distintas habilidades. Las condiciones de vivienda varían de un lugar a otro.

Los campesinos temporales toman un día o dos para acostumbrarse a la rutina de trabajo en un lugar nuevo. Llegan a conocer el trabajo y el lugar de trabajo. Se acostumbran a una rutina que incluye estar al pendiente de las necesidades de la vida. A veces el trabajo es cansado físicamente por el peso del producto, tal como las peras y las manzanas. A veces el trabajo es difícil porque tienen que agacharse y trabajar la tierra. A veces la fruta los incomoda por los irritantes que contiene, como la pelusa del durazno. Otras veces, por ejemplo, en un vivero, algunas tareas cansan mentalmente pues la persona tiene que contar las plantas que cosecha. Es mentalmente desafiante cuando la cuenta de las plantas llega a los miles.

Los trabajadores migrantes viven al momento. Sus vidas son móviles al ir de un trabajo a otro. Siempre están trabajando, pero nunca están estables en su empleo. El contacto con la familia sufre por la distancia y los largos períodos de ausencia. Su práctica religiosa es privada. Cuando asisten a misa, se sienten fuera de lugar y rechazados por su asistencia irregular. Escuchan una falta de respeto y voces de odio a través de los medios de comunicación y pueden perder el sentido de su dignidad humana.

En lo más profundo de su ser, los trabajadores migrantes saben que ponen comida en las mesas de toda la gente del mundo. Es un trabajo duro que se hace en condiciones muy incomodas. Los trabajadores migrantes merecen nuestro respeto. Seguido invito a la gente a rezar por nuestros trabajadores de la cosecha. Lo hago con gran respeto y amor por quienes traen la comida a nuestras mesas.

Los trabajadores migrantes son gente de esperanza

Cuando les preguntan por que trabajan en el campo, los que son padres dicen que trabajan para darles esperanza y oportunidad a sus hijos. Los solteros dicen que trabajan para ayudar a sus padres en California o en México. A veces, los padres se preguntan si vale la pena emigrar a los Estados Unidos. Temen la pérdida de los valores tradicionales del trabajo, la honestidad, la fe y la familia. Se preocupan por la atracción de las drogas y la fascinación de sus hijos por lujos que descubren en los Estados Unidos. La mayoría de los trabajadores viene de zonas rurales de México, tienen poca

educación formal y tienen pocas opciones de otros tipos de trabajo. Muchos jóvenes y niños viven en situaciones que los privan de oportunidades educativas de calidad. A menudo, se mudan con sus padres de cosecha a cosecha. En las misas en los campos de trabajo, seguido era difícil encontrar a alguien para leer. Parecía que muchos adultos no podían leer.

Hay muchos hombres que vienen de México y pasan algunos meses cada año siguiendo las distintas cosechas. Los que tienen documentos regresan a visitar a sus familias en México una o dos veces al año. Estos migrantes sienten la soledad de la separación de sus cónyuges e hijos, pero creen que es mejor que sus hijos crezcan en su país natal.

Hay mucha gente joven en los campos de trabajo. Unos están con sus familias y trabajan para ayudar a la familia. Los que han asistido a la escuela en los Estados Unidos se refieren al trabajo como trabajo de verano antes de regresar a la preparatoria o al colegio. Muchos de los jóvenes han venido de México para vivir con hermanos o hermanas mayores o con parientes o amigos de su pueblo natal. Unos cuentan con el consejo y apoyo de sus hermanos o hermanas mayores y de sus tíos, pero otros viven en grupos con amigos. Ellos dicen que están aquí por la crisis económica de México. Muchos envían dinero para ayudar a sus familias. Algunos vienen por la aventura y con la esperanza de encontrar una vida mejor en los Estados Unidos.

No hay mucho que hacer en los campos después del trabajo. Muchos de los jóvenes caminan al pueblo al anochecer. Van a jugar fútbol o baloncesto o a buscar un lugar donde pasar el rato. En su soledad y enfado, muchos buscan el consuelo del alcohol. El alcohol es una preocupación seria pues obviamente está presente en los campos de trabajo. La mayoría se acuesta temprano por el cansancio y para estar listos para el siguiente día de trabajo.

En cada campo hay jóvenes con grandes aspiraciones y esperanza. Enfrentan dificultades para lograr sus metas, pero desean aprender inglés y educarse. Los alumnos buenos pueden enfrentar discriminación de parte de sus compañeros o burlas por intentar salir adelante. Hay poco tiempo para estudiar y es difícil encontrar el silencio necesario para estudiar en los campos de trabajo. En cada campo hay jóvenes con esperanzas y sueños dispuestos a hacer lo que sea necesario para lograr sus sueños.

Deseando y recibiendo respeto

Al final del día, los trabajadores están cansados, pero sienten una alegría especial al ver los resultados de su trabajo. La cercanía a la naturaleza y el compañerismo une a la gente. Los trabajadores hablan con orgullo de llevar la comida a las mesas del mundo. Hay un aprecio genuino de parte de los rancheros que tratan a los trabajadores con respeto y dignidad. La mayoría de los dueños de las huertas muestran un interés real en sus empleados. El jefe abusivo es una vergüenza para otros jefes que si son buenas personas.

Aún así, muchos trabajadores no se sienten respetados. Algunos comentan sobre el trato grosero en las tiendas locales. Están contentos de que más tiendas proveen productos mexicanos, pero sienten que siempre los están vigilando y no les tienen confianza. Estos sentimientos de falta de respeto no se aplican a una comunidad local en particular, sino a lo que experimentan los trabajadores en muchos pueblos. Hay tristeza por el trato de los trabajadores migrantes en los Estados Unidos. Un trabajador dijo: “Padre, mi familia se ha dedicado al trabajo del campo en este país por más de cincuenta años. Me gustaría que más gente lo apreciara”.

Capítulo Cuatro: ¿Quién es el migrante?

“*Mi padre era un arameo errante*” (Dt. 26,5). Esta identificación de los descendientes de Abraham en Deuteronomio era un recordatorio para la antigua comunidad judía de sus raíces como pueblo migratorio. Hoy vivimos en un tiempo de gran migración mundial. Hay muchas razones de esta movilidad. En parte se puede atribuir a una mayor facilidad para viajar, pero a menudo se debe a la inestabilidad en muchas naciones del mundo. Esta inestabilidad puede tener su raíz en la economía, la violencia y las guerras. El Papa Benedicto XVI escribió que como resultado de la migración en masas “estamos ante un fenómeno social que marca época, que requiere una fuerte y clarividente política de cooperación internacional para afrontarlo debidamente” (*Caritas in veritate*, 62, June 29, 2009).

En respuesta a la encíclica del Papa Benedicto, *Caritas in veritate*, el Secretario General de la Comisión Católica Internacional de Migración (ICMC) escribió:

La ICMC siente satisfacción de leer como la nueva encíclica, *Caritas in veritate*, incrusta el asunto de la migración en el pedido de un cambio fundamental en mentalidad, de tal manera recalando repetidamente más altos niveles de conciencia y responsabilidad. Ciertamente la migración es mucho más que solo otro reto distinto y específico: se trata de una ola de cambio en nuestras sociedades, políticas, identidades culturales y religiones. No es simplemente otro asunto humanitario pidiendo solamente asistencia directa para las víctimas, al contrario, permanece como un modelo de cambio insuficientemente definido en las presentes relaciones mundiales. La migración afecta el concepto de la soberanía, y resalta la necesidad de un pensamiento internacional en términos y conceptos de gobierno global. La migración se trata de transición, y es fundamental para nuestro futuro mundial (Génova, 21 de julio, 2009).

La migración es una realidad mundial que reta a los líderes en el mundo de la política, economía, justicia social, educación y religión. En las migraciones anteriores, la jornada era difícil, pero había pocos obstáculos regulatorios cuando el migrante llegaba. Los migrantes se enfrentaban con un clima diferente, una cultura diferente, una dieta diferente y con conflictos con

la gente local, pero a menudo había tierra, oportunidad y en algunas ocasiones, eran acogidos en su nuevo hogar.

Tomar la opción de emigrar

Un migrante es alguien que ha optado por dejar su tierra natal y aún no se ha establecido en un lugar. El migrante sale por razones de peligro, desesperación económica, o por la promesa de una oportunidad. A menudo el migrante tiene la esperanza y la intención de regresar a su hogar. El migrante es móvil mientras trata de acomodarse en otra tierra. Aún con empleo estable y residencia establecida, puede ser que una persona sinceramente nunca se sienta en casa en otra tierra.

En 1960, mis abuelos celebraron su cincuentavo aniversario de matrimonio y los hijos se juntaron para comprarles boletos para que fueran a Irlanda a ver la tierra y las familias que ambos habían dejado casi sesenta años antes. Mi abuelo tenía lágrimas en los ojos al pensar que iba a volver a ver a su amada Irlanda. Mi abuela se negó a ir, diciendo: “Yo porqué he de querer ir ahí? Salí y no tengo ningún deseo de regresar”. Nunca fueron a Irlanda. Mi abuelo era el “migrante”; mi abuela, la “inmigrante”.

La gente tiene sentimientos mixtos sobre su tierra natal y su nueva patria. Para algunos, la nueva tierra es la “tierra prometida” donde el migrante rápidamente se establece. Éste es el inmigrante. Otros tienen dificultades con las costumbres, la cultura y el estilo de vida en la nueva patria. Emocionalmente, se quedan sin hogar, “migrantes”, los “arameos errantes”.

Las comparaciones de la migración de hoy con las migraciones anteriores ayudan, pero hay factores únicos en la sociedad que el Papa Benedicto XVI señaló en *Caritas in veritate*. La evangelización y las enseñanzas del Evangelio son y serán afectadas por esta migración. El ministerio a la gente en movilidad es desafiante y vivificante.

El lugar de la migración en la historia Judeo-Cristiana

El autor de Deuteronomio, al identificarse con su antepasado Abraham, “un arameo errante” da identidad a la búsqueda humana de Dios, de sentido, de seguridad y de un lugar que llamemos hogar. El sitio del desarrollo de la fe Judeo-Cristiana tiene su centro en el Medio Oriente, en una parte del mundo donde cruzaban las rutas de comercio entre Asia, África y Europa. El

encuentro de personas de distintas razas, historias, costumbres y expresiones religiosas tuvo una gran influencia en la región del mundo que se convirtió en la cuna de la fe judía, cristiana y musulmana.

La base de la fe de Israel desde la historia de Abraham hasta la fundación del Reino de David es la historia de un pueblo ambulante caminando hacia Dios y hacia un lugar donde pudiera rendirle culto en paz. Abraham aceptó a personas de distinta fe con dignidad y respeto al acoger a sus visitantes y prepararles alimentos para que pasaran la noche con él. En una ocasión, tres visitantes se quedaron con él y al despedirse, profetizaron el nacimiento de un hijo para él y Sara en su “vejez”. Abraham dio la bienvenida a Melquisedec, el sacerdote, para orar con él. Abraham estaba dispuesto a aprender de “un solo Dios”, y se convirtió en nuestro padre en la fe.

Desde el reino de David hasta el nacimiento de Jesús, por medio de los profetas y los maestros, empezó el desarrollo y codificación de la fe en el pueblo de Israel. El desarrollo del Antiguo Testamento tomó lugar en una nación, pero era una nación influenciada por la interacción de varias culturas y pueblos. Hubo migración por la dispersión de gentes de esta tradición judía por razones de conquista, exilio y comercio. Los autores del Evangelio, los profetas y los maestros, escribieron la historia del desarrollo de la fe basados en la confianza de una relación entre Dios y la humanidad. Las promesas del Antiguo Testamento se cumplen en el nacimiento de Jesús.

En la resurrección, se les dice a los seguidores de Jesús que “*vayan y hagan discípulos de todas las naciones*” (Mt. 28,19). Los apóstoles y los primeros discípulos salieron como pastores ambulantes, anunciando la Buena Nueva. San Pablo predicó la Buena Nueva por toda la región del Mar Mediterráneo. La Buena Nueva se propagó cuando los misioneros continuaron evangelizando y trayendo a la gente hacia Cristo y su Iglesia.

El Concilio de Nicea (325 A.D.) declaró que la Iglesia era “una, santa, católica y apostólica”. El deslizamiento apostólico o misionero de la Iglesia extendió el catolicismo por todas partes del Medio Oriente, África del Norte y Europa. Existen raíces apostólicas en la India. El mensaje del catolicismo era anunciar la salvación al mundo entero. La Iglesia misma era móvil; era misionera.

La identidad de la Iglesia como “católica” tiene que ver con la universalidad de la Iglesia. Era una Iglesia con la aspiración de llegar a todos

los rincones del mundo. Hoy la Iglesia está presente en todas las naciones, pero tenemos mucho que hacer para lograr la unidad en la diversidad de los pueblos.

La Iglesia Católica en América: Una historia de migración y conversión

Hay grandes diferencias en la experiencia del catolicismo en los Estados Unidos y en América Latina. La Iglesia Católica en los Estados Unidos está profundamente impactada por la experiencia de la inmigración. La Iglesia ha crecido en un ambiente de libertad religiosa que no es común en otras partes del mundo. La historia de la Iglesia Católica en América Latina es una de evangelización misionera y de conversión.

El catolicismo en los Estados Unidos

Cuando los Estados Unidos se formaron, había una falta de confianza en la lealtad del “papista”, el católico. Los inmigrantes irlandeses, italianos, alemanes y polacos eran objeto de gran discriminación por “aferrarse” a su religión. Muchos inmigrantes católicos de Europa se acomodaron en ciertas vecindades en las ciudades. Especialmente en las ciudades del este, había vecindades étnicas y muchas de las iglesias se identificaban con una comunidad étnica. A menudo los sacerdotes en esas iglesias eran de la tierra natal. Las comunidades rurales solían recibir mucha gente de una nacionalidad u otra. Un pueblo era alemán, otro ruso, otro portugués y otro irlandés.

Las escuelas católicas tenían una función importante en la formación de una sociedad multiétnica o “crisol de razas” en la sociedad americana. Las misas se celebraban en latín. Cuando terminaba la misa, los adultos se reunían: italianos con italianos; alemanes con alemanes; polacos con polacos; e irlandeses con irlandeses. Los jóvenes iban a las mismas escuelas, hablaban inglés y convivían con otros grupos en los deportes y en el trabajo. Surgía una nueva unidad. Las gentes de varios grupos étnicos lucharon en las guerras mundiales y forjaron relaciones que cruzaron fronteras religiosas y étnicas. Los matrimonios mixtos eran comunes.

El catolicismo en Estados Unidos y el orgullo americano estaban en su apogeo en el tiempo del Concilio Vaticano II. El católico americano, de descendencia europea, construyó la Iglesia Católica en la mayor parte de los Estados Unidos. Cuando hubo migraciones de América Latina, Asia, África y de todas partes del mundo, las expresiones culturales de la fe que no tenían su

origen en el catolicismo europeo retaron a la Iglesia Católica en América. Aumentó el número de migrantes de Asia, África y América Latina al mismo tiempo que ocurrían cambios en la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

En los Estados Unidos, las dificultades en la unidad de la Iglesia en la diversidad de la migración global están relacionadas a los conflictos de raza y cultura, pero eso no explica el conflicto en su totalidad. La disminución de escuelas católicas, celebraciones de misas en latín y un aumento significativo en la población migrante e inmigrante católica, han retado los métodos de evangelización y catequesis. Nuevos métodos de evangelización y la organización de la comunidad son necesarios para el futuro de la Iglesia Católica en los Estados Unidos.

El catolicismo en América Latina

Es común que la gente desencantada con la Iglesia Católica critique la evangelización latinoamericana en la historia política de Sur y Centro América. Aunque en parte tienen razón al criticar, les falta el conocimiento necesario para entender y respetar la fe de los migrantes. El catolicismo llegó a Sur y Centro América después de las conquistas de los invasores españoles y portugueses. Los misioneros llegaron con un fervor mixto. Muchos vinieron a servir las necesidades de los conquistadores, pero algunos llegaron con un fervor apostólico verdadero de evangelizar a los nativos. La metodología misionera variaba de una región a otra y de una congregación religiosa a otra. Lo que se desarrolló fue un catolicismo que no era ni europeo ni indígena. Al aprender a comunicarse en los idiomas nativos, los misioneros fomentaron los valores y las tradiciones que no estaban en oposición a las enseñanzas católicas y enseñaron la historia de la salvación en Cristo, los sacramentos y las vidas de los santos. La fe era nutrida por una variedad de devociones populares. En varias naciones de las Américas, se desarrolló un “mestizaje”, una mezcla de culturas, una expresión inculturada de la fe.

El Papa Juan Pablo II recalcó la importancia de la experiencia Latinoamericana de incluir las expresiones culturales en la conversión de América Latina. Él apreciaba la evangelización que se encuentra en los relatos de Juan Diego y las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe. En la canonización de Juan Diego, el Papa Juan Pablo II dijo: “Al aceptar el mensaje cristiano sin abandonar su identidad indígena, Juan Diego descubrió la verdad profunda en la nueva humanidad en la cual todos somos llamados a ser hijos de Dios. Así, facilitó la unión fructífera de dos mundos y se convirtió en el

protagonista para una nueva identidad mexicana, unida íntimamente a Nuestra Señora de Guadalupe, cuya cara mestiza expresa su maternidad espiritual que acoge a todos los mexicanos”.

En 1992 en Santo Domingo, el Papa Juan Pablo II declaró que Nuestra Señora de Guadalupe y Juan Diego son “un modelo de una evangelización perfectamente inculturada”. Él dijo: “La aparición de María a Juan Diego en el monte del Tepeyac, en 1531, tuvo una repercusión decisiva para la evangelización, no solo para la nación de México, sino (también) extendiéndose por el continente entero”. De ese tiempo en adelante, empezamos a escuchar en la Iglesia que Nuestra Señora de Guadalupe es la patrona de las Américas y Juan Diego es nuestro ejemplo de lo que significa ser evangelizado.

La historia de Juan Diego y de La Virgen de Guadalupe como “un modelo de evangelización” es más que una serie de eventos. El *Nican Mopohua*, el texto más antiguo sobre la historia de Juan Diego y la Virgen presenta la fundación de la fe latinoamericana. Presenta un mensaje de fe consistente con la tradición de la Iglesia. En el *Nican Mopohua* hay enseñanzas profundas de la relación del Pueblo de Dios y la salvación. Juan Diego busca la verdad y experimenta desilusión, obstáculos, sorpresa de las bendiciones de Dios y una emoción profunda al ser amado y escogido por Dios.

La idea de que la enseñanza es “perfectamente inculturada” indica que el mensaje era particularmente para el pueblo indígena. El mensaje contiene símbolos conocidos en la cultura indígena. La Virgen viste el atuendo nativo, es morena y habla en Náhuatl, el idioma azteca. Este mensaje era para convencer al pueblo, que no tenía experiencia en el cristianismo, de la verdad en Cristo.

Las devociones religiosas en América Latina son más que simplemente ejercicios religiosos. Enseñan y evangelizan. El arte religioso, los símbolos y las prácticas unen a la gente en una relación con Dios. Desafortunadamente, muchos fuera del mundo de los pobres juzgan duramente la religiosidad popular de América Latina. Algunas expresiones a veces han distorsionado o al menos confundido el mensaje de la Iglesia. La bendición de símbolos, la música, el baile y el arte se consideran encuentros con la presencia de lo divino.

Hay aspectos del catolicismo en América Latina dignos de admiración y emulación. Hay aspectos que necesitan corrección. El llamado de la Iglesia a una nueva evangelización necesita líderes en la Iglesia para desarrollar nuevos métodos de evangelización que se basen en las mejores prácticas de costumbres religiosas populares y mejoren esos aspectos de práctica religiosa que necesitan refinamiento. La clave a este esfuerzo es el respeto por la fe de la gente pobre.

La migración global y la Iglesia Católica en los Estados Unidos

La migración es compleja. La migración de hoy tiene diferencias marcadas de las migraciones anteriores. Palabras proféticas de los concilios de la Iglesia y documentos de conferencias episcopales han surgido en los últimos cincuenta años, pero a menudo no se les presta atención al nivel de ministerio ordinario en la Iglesia.

La migración a Estados Unidos es mundial, pero la mayor parte de la atención eclesiástica y política se ha enfocado en la migración latinoamericana. En anteriores migraciones a Estados Unidos, la gente se juntaba en barrios y “ghettos” de varios grupos étnicos. Las parroquias se organizaban basadas en grupos étnicos. Hoy, las parroquias son más grandes y cuentan con varios grupos culturales y étnicos. También puede haber divisiones marcadas de clase social, cultura y nivel educativo. La unidad parroquial es difícil de obtener o mantener.

Hoy es común que las comunidades tengan una diversidad de migrantes de regiones del mundo totalmente diferentes. Una parroquia puede tener miembros de Asia, África, el Medio Oriente, América Latina, Las Islas Pacíficas, el Caribe y Europa. No es sorprendente que las parroquias luchen con estas realidades. “La unidad en la diversidad” se oye bien, pero es difícil lograr esa unidad.

La celebración de la misa en el idioma de toda la gente no se puede llevar a cabo en todos los idiomas presentes en muchas comunidades. El inglés puede unir a la mayoría de la gente, pero hay migrantes en comunidades americanas de todas partes del mundo. Es común que se hablen varios idiomas en los hogares de América. Esto ya no es solamente la experiencia de ciudades grandes como Nueva York, Los Ángeles y Houston. Hay gran diversidad en Omaha, Minneapolis, Fresno y Little Rock. En Liberal, Kansas, identificamos once idiomas que se hablan en los hogares de una parroquia.

Por la migración global, es común que una vecindad tenga gente de África, Asia, América Latina y el Medio Oriente viviendo al lado de americanos que llevan varias generaciones alejados de sus raíces inmigrantes. Aunque crea un reto para las comunidades y para los líderes de la Iglesia desarrollar programas que forman “una Iglesia santa, católica y apostólica”, esta gran diversidad revela el gran amor de Dios por todo el pueblo.

Los Estados Unidos ha sido el Gran Experimento en la migración. La Estatua de la Libertad orgullosamente proclama:

“¡Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres,
Vuestras masas hacinadas anhelando respirar en libertad,
El desamparado desecho de vuestras rebosantes playas.
Enviadme a estos, los desamparados,
sacudidos por las tempestades a mí,
¡Yo elevo mi faro detrás de la puerta dorada”!

(The New Colossus, Emma Lazarus, 1883)

Los retos que enfrenta la Iglesia en los Estados Unidos no son obstáculos sino oportunidades en nuestra vida de fe. Los cansados, los pobres y masas hacinadas son aquellos a los que Jesús se refiere: “*Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron*” (Mt. 25, 35-36).

Capítulo Cinco: ¿Quién es el Campesino?

“Junio 1998: Eran las 4:15 de la mañana en The Dalles, Oregón cuando fui con siete trabajadores migrantes a empezar la cosecha. íbamos en un jeep viejo, siete en el jeep y dos en el cofre. El mayordomo iba al volante. En la cima de la colina, los trabajadores se bajaron para empezar la cosecha. El mayordomo gritó: “¡Vamos a volar!” Luego despegamos para pasar por más trabajadores. La atracción de Indiana Jones en Disneylandia no es nada comparada a esto. Hicimos otros tres viajes. Otros trabajadores iban subiendo la colina a pie para empezar a trabajar. Para las cinco de la mañana, la ladera cobró vida con la cosecha de la cereza.

Todos me saludaban: “¡Eh, Padre! ¿Dónde está su balde?” Al asomarse el sol, empecé a tomar fotos. De en medio de los árboles llenos de cerezas, los trabajadores gritaban: “¡Padre, tome nuestra foto!” Muchos chiflaban o cantaban suavemente mientras pizcaban cerezas. Yo fui a este valle como misionero para darles esperanza a los trabajadores migrantes, pero al paso de los días, los trabajadores se ganaron mi respeto y mi cariño”.

(parte de mi diario personal)

En 1998 por primera vez conviví con los trabajadores migrantes durante la cosecha en The Dalles, Oregón. Nueve años después, en 2007, parte de mi estudio sabático era pizcar fruta y vivir con trabajadores migrantes. En mi primer día pizcando cerezas en Stockton, California, unos trabajadores en la huerta preguntaban: “¿Quién es el gabacho trabajando con nosotros?” Cuando les decían: “Es un sacerdote”, muchos no lo podían creer.

He predicado misiones parroquiales en comunidades rurales en quince estados desde 1996. A menudo, las misiones se daban una semana en inglés y una semana en español. Pasé cinco años trabajando el la Iniciativa Hispana Redentorista en la diócesis de Dodge City, Kansas. Por dos años, prediqué

misiones parroquiales casi exclusivamente en español en California y Oregón. El primero de mayo del 2009, me convertí en el director del Ministerio Campesino y Multicultural de la diócesis de Fresno, California.

El Ministerio Campesino presenta desafíos únicos al ministerio de la Iglesia, pero también brinda grandes bendiciones. Cuento con experiencia como educador religioso, predicador de misiones, y ministro de jóvenes. Mi mayor alegría fue organizar la misión sacramental para los trabajadores migrantes en The Dalles, Oregón. Cada año esa misión prepara a los niños para su Primera Comunión y a los jóvenes para la Confirmación y la Primera Comunión. La misión también prepara a las parejas para la convalidación de sus matrimonios y el Bautismo de los niños.

El Campesino – uno que trabaja el campo

Hace cincuenta y sesenta años, el rostro del campesino se identificaba con el migrante que seguía la cosecha del sur al norte y de regreso al sur. Era fácil reconocer a los migrantes. Trabajaban en los campos. Vivían en grupos en viviendas en los campos o en campamentos en las granjas. Permanecían en una comunidad por un periodo de tiempo específico. Cuando terminaba la cosecha, ellos seguían su camino. Las comunidades se acostumbraban al movimiento de los trabajadores durante ciertos tiempos del año. Había sacerdotes y religiosas que seguían a algunos de los trabajadores, pero en general los migrantes eran invisibles para muchas de las comunidades religiosas.

Los cambios en la agricultura han reducido el número de gente que continúa viviendo en movilidad como los migrantes en el pasado. Aunque algunos continúan siguiendo la corrida, la mayoría vive en casas en granjas o en pueblos pequeños y hasta en grandes ciudades. En la industria de frutas y verduras, los trabajadores suelen trabajar a cincuenta millas de su hogar. A menudo, su trabajo es temporal, en una variedad de cultivos que requieren una variedad de destrezas. Muchos no saben cuánto tiempo permanecerán en un lugar. Viven el momento. Los elementos fuera de su control como el clima, la economía y las realidades políticas forjan la fluidez de sus vidas.

La agricultura es un servicio esencial en el cual la gente se dedica a la producción de alimentos y las necesidades de la vida. A menudo, la sociedad moderna no valora la agricultura y la menosprecia.

Como Gerardo E. me dijo, el trabajo del campo es un trabajo noble. Gerardo vino a los Estados Unidos en la década de 1970 y pasó cinco años trabajando en los campos en California, Oregón y Washington. En los años de 1980, se mudó a Los Ángeles y primero trabajó como mecánico y después se convirtió en gerente de una tienda de llantas. En la tienda ganaba más dinero de lo que jamás podía ganar en los campos; sin embargo, él experimentó unos cambios incómodos en su personalidad. Perdía el temperamento y se irritaba, particularmente con su familia. Finalmente le dijo a su esposa que no era feliz en su trabajo y que extrañaba el trabajo del campo. Se mudaron al área de Sacramento y él regresó a la cosecha. Con orgullo, Gerardo me dijo: “Padre, hoy enviamos cuarenta toneladas de cerezas al empaque. Pronto las cerezas estarán en las mesas en San Francisco, Chicago, Nueva York y Londres. Y mañana pizcaremos otras cuarenta toneladas”. Gerardo me dijo que al final del día sale de la huerta con la certeza de que ha hecho algo bueno para el mundo.

1. Trabajadores agrícolas especializados

Al contrario de los mitos en la industria de noticias y entretenimiento y en círculos políticos que dicen que el trabajador migrante es un “trabajador sin especialidad”, la agricultura necesita una mano de obra que cuente con una variedad de destrezas. Se requiere preparación para sembrar y cosechar cultivos apropiadamente. El trabajo que desempeñan estos trabajadores es un oficio y es incorrecto identificar un oficio que requiere destrezas como “mano de obra no especializada”. En una entrevista con el Señor Bob Bailey, jefe ejecutivo principal (CEO) de Orchard View Farms en The Dalles, Oregón, el Señor Bailey consistentemente se refería a sus trabajadores como: “mis trabajadores agrícolas especializados”. El trabajo del campo debe considerarse como un arte, un arte que se aprende.

El trabajo de la cosecha exige una variedad de destrezas. Los nuevos trabajadores pueden tener pocas destrezas, pero pronto tienen que aprender como pizcar la fruta sin dañarla y como pizcar la fruta apropiadamente para no dañar al árbol pues esto afecta la producción del árbol en el futuro. Aprenden el arte de acomodar una escalera. Un pizcador de cereza sin preparación puede pizcar veinte baldes de cereza en un día, pero un trabajador preparado pizca cincuenta baldes o más al día.

Cuando un ranchero emplea a una persona, un trabajador especializado es más importante porque pizca la fruta con mínimo impacto al árbol y pizca

lo que dos o tres trabajadores sin preparación pueden pizcar. Con paciencia, un ranchero reconoce que un trabajador sin entrenamiento necesita experiencia para aprender el oficio, pero el ranchero necesita un buen porcentaje de empleados especializados para obtener buenas ganancias. Con trabajadores que tienen menos habilidades, se requiere más personal resultando en costos adicionales de vivienda, escaleras, supervisión, contabilidad, teneduría y otros costos.

2. Movilidad

Los trabajadores migrantes son móviles. Siguen la cosecha cuando los cultivos están listos. Cuando empieza la cosecha, pizcan hasta que terminan y luego siguen a la siguiente cosecha. Una buena cosecha para los trabajadores consiste en el número de días que trabajan y la cantidad de baldes que llenan. Sin embargo, para el ranchero, una buena cosecha consiste en la cantidad y la calidad del producto.

Para muchos, Luis H. es la imagen de un trabajador migrante. Cada año, Luis viene a los Estados Unidos en marzo para empezar su trabajo en California. Él pasa varias semanas podando árboles y viñas. Se muda con cada cultivo a distintos sitios de la costa oeste. En mayo y a principios de junio, pizca cerezas en Stockton, California, y luego se va a The Dalles, Oregón para pizcar más cerezas. De ahí, sigue las cosechas de la cereza, pera y manzana en California, Oregón y Washington. En noviembre, regresa a México para estar con su esposa e hijos. Él espera ganar entre \$15,000 a \$25,000 durante su estancia en Estados Unidos. Dice que en lo regular gana un promedio de \$100 al día. Algunas cosechas pagan más que otras. Él espera trabajar 200 días o más en ocho meses. En el 2006, él trabajó 210 días. Él no está aquí por razones de turismo o vacaciones, sino para ganar dinero para poder mantener a su familia y construir una casa en Michoacán. Para mucha gente, Luis es la imagen del campesino migrante.

Aunque la cosecha de cereza en The Dalles tiene una apariencia tradicional, hay pocos trabajadores como Luis entre los migrantes con quienes yo trabajé. La mayoría son semejantes a Alberto que vive en un pueblo cerca de Fresno, California. Alberto desempeña el mismo trabajo que Luis, pero con la excepción de pizcar cerezas en The Dalles, su trabajo se encuentra a sesenta millas de donde vive. Se pasa varias semanas cosechando una variedad de frutas durante sus temporadas y se pasa el invierno podando árboles y viñas. Su vida parece estable pues sus hijos asisten a la escuela en el pueblo y él

regresa a su casa cada noche.

Aún así, Alberto es un trabajador migrante cuya estabilidad o inestabilidad en la vida está directamente afectada por la movilidad de su trabajo. Muchos trabajadores en la situación de Alberto se sienten tan inciertos como Luis de dónde estarán el próximo mes. La movilidad es la naturaleza de la vida migrante. El trabajo es temporal y el trabajador tiene múltiples especialidades. La inestabilidad del trabajador se complica cuando él o un miembro de su familia no tiene documentos legales. Las redadas de la migra, los rumores y el temor mantienen a las familias en un constante estado de inseguridad. Esta inseguridad les impide establecer una relación con iglesias locales, escuelas y organizaciones comunitarias.

3. La fe de los migrantes

Los trabajadores agrícolas migrantes son usualmente católicos. Suelen venir de las zonas rurales de México y América Latina. Su fe está profundamente enraizada en expresiones familiares de la fe. Las oraciones, las celebraciones de fiestas y la devoción a la Virgen nutren la fe. Pocos han recibido instrucción de catequesis significativa. Aún así, el trabajador migrante es profundamente católico y vive esa fe en una sencillez que puede inspirar a aquellos con más altos niveles de educación.

En el 2007, visité a un señor en Michoacán. Él trabajó casi cuarenta años pizcando fruta en California, Oregón y Washington. Cada año, él regresaba a su amado pueblo de Galeana. A la edad de sesenta y dos años, dejó de venir al norte para las cosechas. Cuando entré a su casa, besó mi mano y me dijo: “Padre, es una bendición que usted entre a mi casa”. Buscó a tientas bajo su camisa y sacó una cruz que yo regaló a los trabajadores al final de nuestras misas en los campos migrantes. Es una cruz de plástico sencilla que le recuerda a la gente de la bendición que los trabajadores reciben en la cosecha de la cereza. Me dijo: “Tengo otras dos en mi cuarto. Fue una gran bendición tener misa en nuestra huerta”.

Las misas que yo di en las huertas de The Dalles, Oregón, son una pequeña acción de gracia que recibieron los trabajadores, pero su gratitud a través de los años me ha commovido. Después de trece veranos de dar misas en los campos durante la cosecha de cereza y once años de dirigir un programa de catequesis para los niños migrantes para prepararlos para su Primera Comunión y Confirmación, la profundidad de la fe católica que se ve en esta

gente que está al margen de nuestra iglesia me asombra.

Hay un aspecto desalentador en la fe de los migrantes porque se sienten indignos. Existe un sentimiento profundo de que no son buenos católicos. Continuamente han recibido regaños sobre su indignidad por su falta de asistencia regular a la iglesia, su falta de catequesis y las irregularidades de los matrimonios. Muchos creen que son “malas personas”. Es difícil guiarlos a confiar en la misericordia y el amor de Dios. Por ejemplo, doce hombres que viven en una granja de césped no tienen transporte y viven a varias millas del pueblo más cercano. Trabajan para un contratista diez horas al día, siete días a la semana. Ganan el sueldo mínimo, sin horas extras. Viven en viviendas que provee el agricultor, y pagan \$12.50 al día por la comida que les proveen en el campo. Sin transporte y un horario que no les permite tiempo libre, obviamente no pueden asistir a misa regularmente. Sin embargo, si les piden que sean padrinos para un bautismo, las iglesias locales los tratan mal y les niegan que sean padrinos. La gente en los ministerios necesita caminar con los migrantes y entender la vida que viven.

4. Las condiciones de trabajo y los sueldos

Las condiciones de viviendas, el trato y el pago del trabajo migrante varían de un lugar a otro. Por la desigualdad en condiciones de trabajo, es difícil hacer generalizaciones. Las condiciones de las viviendas que yo experimenté en Stockton, California eran dramáticamente diferentes de lo que experimenté en The Dalles, Oregón. En The Dalles, los dueños están presentes en las huertas y participan en el trabajo de la cosecha. Conviven con los trabajadores y conocen a la mayoría, si no a todos, de sus empleados. En Stockton, no vi una relación similar entre los dueños y los trabajadores pues la mayoría de los dueños de las huertas emplean contratistas. Es el contratista el que tiene contacto con los trabajadores.

El sueldo no es la única consideración del trabajador migrante al buscar trabajo en una huerta particular o en una granja. El trabajador considera lo que cuesta vivir en esa área durante la cosecha para determinar si vale la pena seguir una cosecha u otra. En algunas comunidades, el dueño de la huerta o el granjero proveen vivienda. En otras áreas, la gente necesita rentar una vivienda o dormir en tiendas de campaña en la parte de atrás de la huerta. Un trabajador comentó sobre su trabajo pizcando cerezas en Stockton y en The Dalles: “Yo gano mejor sueldo en Stockton, pero me queda más ganancia en The Dalles porque el dueño de la huerta provee vivienda”.

El problema de bajos sueldos es la realidad de la economía agrícola. Las ganancias del trabajador migrante son muy modestas, pero cuando los trabajadores pueden reducir sus gastos de vivienda y con trabajo constante, el sueldo les puede alcanzar para vivir dignamente. Los trabajadores de la cosecha tratan de conseguir un buen número de días enteros de trabajo. Cuando el migrante llega a una comunidad, busca trabajo estable para que su sacrificio de estar lejos de su hogar valga la pena. No busca días de descanso.

Los trabajadores reciben el sueldo mínimo que manda la ley estatal para trabajadores agrícolas. En muchas cosechas, existen incentivos para aumentar la producción. En algunas cosechas con incentivos, los trabajadores pueden ganar entre \$10 a \$20 por hora. Desafortunadamente, no todo el trabajo agrícola tiene niveles de incentivos que aumenten el pago lo suficiente. En la cosecha de la cereza en The Dalles, llegar al nivel de incentivos en una situación normal se logra fácilmente y los trabajadores pueden doblar o hasta triplicar el sueldo mínimo. Visité un vivero en el norte de California que tenía niveles de incentivos que pocos trabajadores podían lograr. Así que básicamente, los trabajadores no podían ganar más que el sueldo mínimo. En algunos trabajos agrícolas, a los trabajadores se les paga por hora. El sueldo mínimo que reciben los trabajadores migrantes no es suficiente para las necesidades de una familia.

A veces hay un mínimo de cuanta fruta o producto puede mandarse al empaque en un día. Si la calidad de fruta que se envía al empaque no es favorable por el daño de la lluvia o algo similar, el empaque puede poner límites en cuanta fruta puede procesarse. Si los trabajadores cumplen con el límite temprano, pueden solamente trabajar de tres a cinco horas al día. Esto disminuye sus ingresos por la temporada. Obviamente, el clima, la calidad y la cantidad de la fruta afectan la cosecha.

Desafortunadamente, hay veces en que el dueño de la huerta o el contratista contratan demasiados empleados y el trabajo en la huerta o el campo se termina en mucho menos de ocho horas. Los campesinos entienden cuando la huerta tiene trabajo limitado por la naturaleza del trabajo agrícola. Sin embargo, los trabajadores sienten resentimiento cuando hay poco trabajo por haber demasiados trabajadores.

Hay serios problemas en los trabajos agrícolas donde sólo se gana por hora. Se les exige a muchos trabajadores que trabajen demasiadas horas, de

diez a doce horas por día y de seis a siete días a la semana. No se les paga tiempo extra al trabajar sesenta o setenta horas a la semana. Las largas horas de trabajo son especialmente comunes en las lecherías y los corrales de animales de engorda.

Los contratistas contratan trabajadores para ciertos trabajos o cosechas. Son intermediarios de administración entre el dueño y el trabajador. Los contratistas pueden ser una conveniencia y protección para los dueños en cuanto a los reglamentos gubernamentales de inmigración y protección de trabajadores, pero se quedan con una parte de los ingresos de los trabajadores. Como saben que los empleados quieren más ganancias, los contratistas los manipulan para que trabajen más horas o los intimidan con amenazas de reportarlos a la migra o de quitarles el empleo.

5. Evitemos estereotipos

No existe un sólo tipo de trabajador agrícola, contratista ni ranchero. Yo hago estas observaciones de los trabajadores, empleadores y contratistas consciente de que todos están involucrados en el negocio de la agricultura. Las condiciones de los trabajadores varían en muchas situaciones. En algunos casos hay injusticias, pero mi experiencia en general con personas en todos los aspectos de la agricultura es que son buenas personas que trabajan para poner comida en las mesas del mundo. Aquellos que administran a sus trabajadores y a sus campos mal causan pesar al gran número de personas escrupulosas. Las dificultades en las vidas de los trabajadores agrícolas vienen de muchas fuentes.

No hay soluciones sencillas

Lo complejo de las vidas de los migrantes y las realidades de la migración requieren un enfoque integral en los asuntos políticos de inmigración. Lo mismo pasa en los asuntos de la fe. Necesitamos un enfoque integral de evangelización y acercamiento de la Iglesia al campesino. Las respuestas sencillas a problemas complejos causaran división y soluciones insatisfactorias entre la Iglesia y la sociedad.

Los migrantes son fieles, trabajadores y con esperanza. Les di un poco de atención, y me aceptaron como su sacerdote. Su amor es genuino y me hace sentir humilde. Espero que otros también los amen y los cuiden dentro de la sociedad y en nuestra Iglesia.

Capítulo Seis: Apreciando la cultura, la religión popular y la evangelización inculturada

En una clase de confirmación en The Dalles, Oregón, se les pidió a los alumnos que contaran el relato de Juan Diego y Nuestra Señora de Guadalupe. Los estudiantes vacilaron al intentar contar la historia. Muchos profesaban devoción a la Virgen, pero eran incapaces de explicar por qué. Todos los jóvenes habían participado en celebraciones y procesiones. Muchos usaban medallas de La Virgen de Guadalupe; algunos tenían su imagen pintada en sus carros. Otros hasta tenían tatuajes de la Virgen. Para la mayoría, la Virgen era simplemente un símbolo de La Raza, un símbolo de México. Tenía poco significativo religioso.

Escuchamos la canción “La Guadalupana” en la fiesta de la Virgen de Guadalupe: “Desde entonces para el mexicano, ser Guadalupano es algo esencial”. La importancia de Nuestra Señora de Guadalupe es parte de la identidad mexicana y eso quiere decir que parte de ser mexicano es ser católico. El hecho de que los jóvenes conozcan tan poco de Juan Diego y de Nuestra Señora de Guadalupe muestra lo separado que pueden estar de la fuente de su dignidad, de su fe y de la cultura que apoya sus valores.

Por muchas razones, los migrantes y sus hijos tienen poco conocimiento del contexto de la conversión en América Latina. La comunidad migrante tiene poca educación formal de la historia de su país y menos educación de la historia religiosa y de la cultura que forma la base de sus valores. Muchos de los jóvenes en nuestros programas nacieron en los Estados Unidos o vinieron a este país a una edad muy joven. Para muchos jóvenes, México y otros países de origen son prácticamente países de fantasía. En las escuelas de los Estados Unidos, se enseña muy poco de México y América Latina. Si el pensamiento religioso y los valores están ligados a la historia y la cultura, nuestros jóvenes de América Latina tienen un fundamento muy limitado para construir su entendimiento de Dios y de la religión.

En programas de formación religiosa, se le da poca atención a las expresiones culturales de la fe. La integración de las expresiones de la fe con la doctrina religiosa y la adoración litúrgica solo se examinan superficialmente. Contar y volver a contar la historia de la salvación es el fundamento del Evangelio de Jesús. La metodología de la Iglesia primitiva formaba vínculos entre la experiencia del oyente y el mensaje de la salvación. De igual manera, necesitamos relacionar al alumno con la historia de la salvación en América Latina. Contar y volver a contar la historia de la

conversión en México y en América Latina aumenta el sentido de dignidad del latino no solo en la Iglesia, sino también en todos los aspectos de la vida.

La importancia de conocer la historia religiosa de los latinos

Las partes básicas de la historia de Juan Diego y la Virgen son bien conocidas, pero muchos fallan en reflexionar en la historia y en su significado en la conversión de México. Aunque muchos mexicanos conocen el marco de la historia de la Virgen de Guadalupe, pocos han estudiado el *Nican Mopohua*. La historia de la Virgen de Guadalupe está tan entrelazada con la identidad católica de México que debe ser estudiada como un recurso para la evangelización del presente.

A la vez que las parroquias americanas reconocen a los fieles hispanos, las parroquias celebran fiestas culturales de la comunidad inmigrante. Muchas parroquias organizan celebraciones de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, posadas, pastorelas, vía crucis, día de los muertos y otras celebraciones culturales. En muchas comunidades, hay triduos y novenas para educar a los parroquianos de la importancia de estas celebraciones. Estas actividades sirven para invitar a la comunidad a reflexionar en el significado de estas devociones de la religión popular. Aún así, en las fiestas, la mayoría de los participantes no han participado en los triduos o novenas. La falta de reflexión sobre el significado de la festividad suele llevar a una incoherencia de la celebración a la práctica ordinaria de la fe católica en la liturgia y los sacramentos.

El objetivo de la educación religiosa es que la fe sea parte esencial de la vida de la persona. La historia de Juan Diego es la inclusión de los indígenas a la vida de fe. La educación religiosa y todos los ministerios de la Iglesia necesitan dar más valor a la cultura religiosa que forma la base de la espiritualidad latina.

Una cultura de fe

Uno debe entrar en la imaginación, el simbolismo, la música, la danza y el arte de la experiencia religiosa de los hispanos para entender la importancia de la historia y la cultura en la experiencia hispana de la fe. El corazón tiene una función importante, simbólica y profunda en el desarrollo de la espiritualidad latinoamericana. Los valores, la moral, y la identidad se forman dentro del contexto de la familia y la fe. La identidad del mexicano es

ser devoto a la Virgen de Guadalupe. Esto no solo es evidente en expresiones de creencia religiosa, sino también en la idea de identidad nacional.

No olvidaré la primera misa que celebré en una parroquia mayormente mexicana en Denver. Fue el día de la independencia mexicana, 16 de septiembre de 1991. Al final de la misa, me pidieron que hiciera el grito tradicional antes de la canción de salida. Así que después de la bendición final grité: “¡Qué viva la raza!” y la congregación contestó: “¡Qué viva!” Yo continúe: “¡Qué viva la patria! ¡Qué viva la Virgen!”

Pronto entendí la importancia de la fe católica como parte de la identidad mexicana. Ser mexicano es ser devoto a Nuestro Señora de Guadalupe. Esta devoción es parte de la identidad mexicana. Esta identidad no viene de estudios académicos de la doctrina religiosa, sino de lo sagrado que se transmite a través de celebraciones de fe en la familia y en la comunidad. Se afirma con música, danza, peregrinaciones, mandas, mañanitas, serenatas y procesiones. El catolicismo está profundamente enraizado en la identidad mexicana. Es parte de la autoestima del mexicano.

La religión popular es más que prácticas religiosas. Es un modo de organizar la identidad religiosa. Los participantes en expresiones de la religión popular no necesariamente se sienten a gusto en las prácticas institucionales de la Iglesia. Es común que algunas personas solo asistan a la iglesia durante las festividades populares y las celebraciones de eventos como Bautismos, Primeras Comuniones, quinceañeras, etc. Estos pueden ser los únicos lazos que la gente identifica con la fe. La sincera y emocional aceptación de la fe no siempre significa un compromiso institucional a la iglesia católica. Esto es especialmente cierto cuando una persona percibe que las iglesias católicas en los Estados Unidos no son acogedoras. El desafío es lograr que las personas que sólo se sienten a gusto con las prácticas de religión popular también se sientan a gusto en la Iglesia en los Estados Unidos.

Relación con la presencia divina

La preocupación principal de la “evangelización inculturada” es la relación con Dios, no la membresía en una comunidad eclesiástica. Es la relación con Dios la que nos lleva a una comunidad de creyentes, la Iglesia. En el verso 10 del *Nican Mopohua*, Juan Diego se pregunta si está en la presencia de Dios al reconocer la presencia de lo divino en el canto de los pájaros y la belleza de la creación. El corazón de la espiritualidad latina se

encuentra en crear una relación con la presencia divina. La admiración y el misterio envuelven esta experiencia.

El deseo intenso de tener una relación con el misterio de Dios puede explicar la atracción a la expresión religiosa en la comunidad latina. Existen diferencias entre el catolicismo latinoamericano y la presentación académica de teología y práctica de la Iglesia. Estas tensiones pueden crear la apariencia de desunión en el Pueblo de Dios.

La integración de la cultura y la doctrina en la catequesis

Unir la doctrina y la cultura no es difícil. Lo esencial es darles a la cultura y la doctrina un alto valor. A menudo, las estructuras eclesiales de la iglesia parecen limitar o disminuir la importancia de las expresiones culturales de la fe en la espiritualidad católica. En la tradición misionera católica, frecuentemente los misioneros usan las expresiones religiosas culturales y tradicionales en la adoración católica para atraer a los nativos a la evangelización de la Iglesia. Al usar costumbres indígenas en la liturgia y expresiones de la fe paralitúrgicas, la Iglesia acoge a las comunidades.

En la canonización de San Juan Diego, la liturgia empezó con una limpia indígena del Papa Juan Pablo II como parte del ritual penitencial de la misa. La limpia que se hizo por danzantes indígenas en la ceremonia incorporó la tradición cultural que el Papa explicó en su homilía cuando habló de Juan Diego. El Santo Papa dijo: “Juan Diego, al recibir el mensaje de la Cristiandad sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la verdad profunda en la nueva humanidad en que todos somos llamados a ser hijos de Dios en Cristo”. La iglesia tiene un largo historial de incorporar las realidades espirituales de las culturas indígenas cuando esas prácticas y creencias son consistentes con la enseñanza de la Iglesia.

Al estudiar el *Nican Mopohua* no solo como una historia de los acontecimientos milagrosos de Nuestra Señora de Guadalupe, sino como un documento de evangelización que va de acuerdo con la tradición católica, uno obtiene un mayor respeto de la íntima relación de los latinoamericanos de fe con María, la Madre de Dios. Un catecismo que incluye la enseñanza de la cultura de fe puede encaminar a las personas a una fe que integra su dignidad humana con la búsqueda de una relación con Dios.

Capítulo Siete: Ministerio y servicios para trabajadores agrícolas

“Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Pasé como forastero y ustedes me recibieron en su casa” (Mt. 25,35).

En el ministerio con trabajadores migrantes, uno no puede subestimar la importancia de acoger al forastero. Por varios años, yo participé en un ministerio de bienvenida para jóvenes en Denver, Colorado. En ese tiempo, había un grupo juvenil muy activo en la Iglesia de San José en Denver, pero los jóvenes casi nunca visitaban a los sacerdotes en la rectoría. Por eso, en 1991, otros dos Redentoristas y yo nos mudamos a una casa a siete cuadras de la iglesia y abrimos la Casa San Alfonso, una “casa de bienvenida” para la juventud. Les dijimos a los jóvenes que había frijoles en la estufa y tortillas en el refrigerador: “Nuestra casa es su casa”. Lo bonito de la casa fue que los jóvenes aceptaron nuestra invitación y muchos se reunían en la casa cada noche.

Al principio no sabíamos quienes aceptarían nuestro ministerio de bienvenida, pero pronto era evidente que los jóvenes que hablaban español convirtieron a la Casa San Alfonso en su hogar. Muchos habían llegado recientemente de México y de otros países latinoamericanos. La mayoría trabajaba en restaurantes, hoteles, mantenimiento y construcción. Sus horarios eran inconsistentes. Eran migrantes con esperanza luchando por salir adelante en un mundo nuevo.

Seguido decíamos que, por cada diez llamadas telefónicas en la Casa San Alfonso, nueve eran en español y la otra era número equivocado. La Casa era el sitio para muchas celebraciones y algunos la llamaban “la Casa de las Fiestas”. De la Casa salieron unos cuantos jóvenes que se incorporaron a los coros. La Casa llegó a desempeñar un papel importante en involucrar a los jóvenes en las celebraciones de Nuestra Señora de Guadalupe, las posadas, celebraciones de cuaresma y semana santa, pero de inmediato no era evidente un gran aumento en la educación religiosa y la formación.

Después de seis meses, algunos se preguntaban si el ministerio de bienvenida algún día se convertiría en un ministerio serio, acercando a la juventud a un compromiso más profundo con Cristo y la Iglesia. Después, en la primavera, murió un joven en un accidente automovilístico. Ocurrieron varias situaciones en la comunidad que involucraban a los jóvenes, y era el ministerio de bienvenida el que salía al frente para responder a las crisis en

nuestra comunidad juvenil. Los jóvenes empezaron a confiar en la Casa San Alfonso como el lugar a donde dirigirse cuando necesitaban apoyo en tiempos difíciles. Los jóvenes empezaron a tomar confianza y a compartir en nuestra comunidad, y el ministerio de la Casa San Alfonso se hizo más efectivo. Se ganó la confianza de los jóvenes.

Como el ministerio de la Casa San Alfonso estaba indirectamente atado a la parroquia de San José, el ministerio tenía que definirse a si mismo en distintas maneras. En algunos aspectos era un ministerio de justicia social, respondiendo a las necesidades de los jóvenes. También era un centro de orientación espiritual para los jóvenes. No se definía en términos tradicionales de ministerio en una parroquia con énfasis en los sacramentos y la educación religiosa. Era un ministerio de convivencia entre religiosos y gente joven que se estaba adaptando a la vida en los Estados Unidos. Los religiosos estaban involucrados en un ministerio que no abarcaba únicamente el ámbito de ministerio religioso o de ministerio de justicia social. La superposición de la práctica religiosa y las cuestiones de pobreza, estatus legal y auto-estima introdujeron a los religiosos en la comunidad a un grupo dinámico de hombres y mujeres jóvenes que buscaban dirección en sus vidas.

La mayor ventaja del ministerio de la Casa San Alfonso era escuchar y observar a la gente joven, principalmente a los migrantes que se dirigían a la Iglesia buscando orientación. El ministerio exigía flexibilidad de parte de sus líderes para atender a los que pedían atención sin fijar una lista de requisitos antes de prestarles esa atención. Al igual que muchos experimentos en el ministerio, ciertos aspectos del ministerio empezaron a tomar precedencia. La comunidad religiosa empezó a prestar más atención a los retiros y a predicar en las misiones. El ministerio evolucionó en la formación de un equipo predicador en el cual los Redentoristas y misioneros laicos daban misiones bilingües en Colorado y después en otros estados. La comunidad de la Casa San Alfonso no continuó después de 1996. Para los que vivimos ahí, la Casa San Alfonso fue un ministerio que permitía que los pobres nos evangelizaran y nos brindaran una perspectiva en sus vidas que es difícil de duplicar.

La Importancia de Primeras Impresiones

Una de las primeras lecciones que tuve que aprender en la Casa San Alfonso fue como contestar el teléfono. A menudo, nosotros los americanos contestamos el teléfono inmediatamente llegando al grano: “Hola, ¿en qué le puedo servir?” Es peor cuando uno dice: “¿Qué quierés? ¿Qué necesitas?” Yo

no me daba cuenta de lo desagradable que eso puede ser para la sensibilidad latina. Tuve que aprender a dialogar brevemente antes de llegar al grano. Por ejemplo, cuando contestaba el teléfono, decía: “Hola Teresa, ¿cómo está hoy? ¿Cómo le va en la escuela? ¿Cómo está su familia? Muy bien. ¿Cómo puedo servirle?” Puede tomar un minuto o dos, pero permite que la persona note que de verdad hay interés.

Una vez estaba platicando con personas de tres continentes distintos: Asia, África y América Latina. Hablábamos de la forma apropiada de contestar el teléfono. Ellos no solo se referían a las llamadas a las iglesias, sino a llamadas en una variedad de circunstancias. Cada uno comentaba en lo descortés que son los americanos. Cada uno de ellos venía de naciones pobres y creían que los americanos solo se preocupan por lo que lograban. Tomarse un minuto para conversar amablemente con la gente permite que la gracia de Cristo toque las vidas de los pobres.

Cuando una persona viene a una iglesia para pedir la gracia del Bautismo, la Confirmación, la Primera Comunión o el Matrimonio, necesita escuchar un mensaje de bienvenida de parte del sacerdote o del personal de la parroquia. Cuando alguien pide el Bautismo para una criatura, la respuesta apropiada es: “Claro que bautizaremos a su hijo. ¿Cómo se llama el niño? ¡Qué bonito nombre para una criatura tan bonita! ¿Cuántos años tiene?” Después uno empieza a pedir información de la criatura y de la participación de los padres en la vida de la Iglesia. Es un momento de gracia, un momento de evangelización.

Al cuestionar a la gente acerca de su participación en la Iglesia, se debe hacer de tal modo que invite a la persona a sentirse como en casa en la Iglesia, no de una manera que la avergüenze. El momento de gracia sacramental es una ocasión para invitar a la persona a caminar más profundamente en la fe. Las interrogaciones sólo se deben hacer si el ministro está dispuesto a hacer lo que sea necesario para regularizar el estado irregular de la participación de la persona en la fe. No es apropiado preguntar sobre el estado de matrimonio si el ministro no está listo para decir: “Como no están casados por la Iglesia, ¿qué podemos hacer para ayudarles a bendecir su matrimonio en la Iglesia?” Los que no están casados por la Iglesia ya se sienten avergonzados de su situación matrimonial. El ministro efectivo no los regaña por su estado, sino que los invita a la gracia del sacramento. De esta manera, la pareja está más dispuesta a buscar un acercamiento más profundo con la comunidad de fe.

Mucho de lo que he mencionado es de sentido común en la práctica pastoral, pero no se puede sobre enfatizar su importancia. Muchos migrantes e inmigrantes han sufrido maltratos por parte de la gente en el ministerio en la Iglesia Católica en los Estados Unidos. Después de dar la bienvenida, hay suficiente tiempo para reunir la información necesaria para los archivos de la iglesia. La Iglesia necesita darse cuenta de la importancia de la bienvenida, especialmente hacia los pobres y los marginados en la sociedad.

El Discernimiento de las necesidades

Una pareja migrante llegó a un pueblo del suroeste de Kansas sin conocer a nadie. Se quedaron los primeros días en el hogar de una familia protestante que insistió en que asistieran a su iglesia mientras se establecían en el pueblo. La familia protestante les dijo a la pareja que no había iglesia católica en el pueblo. El día de Nuestra Señora de Guadalupe, la pareja le preguntó a un cajero en un restaurante mexicano si había una iglesia católica en el área. El cajero les dijo de una parroquia a corta distancia de donde se estaban quedando. Fueron a la parroquia y conocieron a la Hermana que estaba haciendo preparativos para la misa de esa noche. Cuando sus anfitriones se enteraron de que fueron a la iglesia católica, los corrieron de su casa. Esa noche, la pareja asistió a la misa de Nuestra Señora de Guadalupe. Alguien en la comunidad les ofreció un lugar donde quedarse. Cuando terminó la celebración, el esposo tomó la escoba y ayudó a recoger después del servicio. Un parroquiano le dijo que era nuestro huésped; él no necesitaba hacer eso. Sin embargo, el señor no soltaba la escoba. Su esposa también ayudó a lavar los trastes. Estaban agradecidos con la Virgen por haber encontrado su hogar en la iglesia católica de ese pueblo. Poco después, la señora se incorporó al coro de la parroquia y de ahí en adelante, ella y su esposo seguido participaban en las actividades de la iglesia.

Las necesidades físicas y sociales de los pobres pueden ser en una carga, pero es más importante aceptar y tratar a los pobres con dignidad. Cuando una persona pobre pide servicios, puede incomodar, pero necesitamos reconocer que la persona que pide un servicio ya ha perdido mucho en términos de amor propio. No es tan fácil ayudar al pobre como lo fue con la pareja que mencione anteriormente, pero los del ministerio en la Iglesia necesitan sabiduría y paciencia para aligerar el peso de los pobres.

Muchos piden una bendición para un hogar, un carro o un artículo religioso. Estas bendiciones pueden parecer pérdidas de tiempo e

insignificantes, pero es la manera en que la gente pobre reconoce la presencia y la bendición de Dios en sus vidas. Estas bendiciones se prestan para educar e invitar a la gente a tomar un papel más activo al vivir su fe. A menudo, aquellos que no pueden participar en la vida sacramental de la Iglesia son los que piden una bendición. Tal vez nunca hayan recibido la Primera Comunión, o Confirmación o no estén casados por la Iglesia. En medio de la pobreza, la soledad y aún en la desesperación buscan la presencia de Dios en sus vidas. A veces, cuando las personas piden una bendición puede ser el tiempo apropiado para invitarlos a los sacramentos, pero otras veces es mucho mejor dar la bendición y esperar a un tiempo más apropiado para hablar de los sacramentos.

A veces, existen aspectos dañinos en las vidas religiosas de la gente que carece de formación religiosa. Algunos se han unido a cultos que se enfocan en lo oscuro de la experiencia humana y hasta en lo satánico. La religión popular de América Latina tiene parte de su origen en cultos que tratan con los poderes del bien y del mal. Esto puede confundir a la persona y dejarla vulnerable a la manipulación y al engaño. Debemos mostrar amabilidad y gentileza para invitar a la gente a una relación con un Salvador amoroso que nos muestra un camino distinto a la oscuridad de los cultos.

Ningún sacerdote quiere convertirse en una persona que da bendiciones sin invitar a la gente a una reflexión más profunda de su herencia católica. Por esta razón el ministro debe discernir cuando una persona está preparada para aprender una lección de fe. Hay algunos aspectos de la devoción religiosa en el mundo hispano que causan pendiente. A menudo, el sacerdote se enfrenta con estos aspectos en ocasiones inconvenientes cuando no hay tiempo para reflexionar apropiadamente y enseñar. A veces el sacerdote debe resistir la necesidad de corregir a la persona, y debe ofrecer una oración o una bendición y hacer una nota mental para tratar ese aspecto en el futuro. La prioridad más importante para un sacerdote es acoger a la persona que pide la atención de la Iglesia.

“La lucha humana por la dignidad”

Anteriormente cité a un sacerdote de México que dijo: “La gente no sale de México por la pobreza; la gente sale por la desesperación. La gente pobre aún puede encontrar que comer, pero cuando una persona no tiene trabajo y pierde su dignidad como persona, hará lo necesario para restaurar su dignidad. Para una persona desesperada, la migración es la lucha humana por

la dignidad”. La lucha por la dignidad humana es un esfuerzo noble de personas con pocas opciones en sus vidas. A través de la historia, las personas heroicas han resistido el impulso de simplemente dejarse vencer por la desesperación en sus vidas. La gente respeta los esfuerzos de Mahatma Gandhi, el Dr. Martín Luther King Jr., el presidente Nelson Mandela, Cesar Chávez y el Arzobispo Oscar Romero quienes sobresalieron a pesar de la desesperación a su alrededor para defender la dignidad de la gente. Desafortunadamente, a muchos se les ha destrozado el espíritu y se han dejado vencer para escapar el dolor. Cuando una persona llega a este país, hay tentaciones de abandonar todo lo que tiene que ver con la identidad “latina”. Las personas indocumentadas son forzadas a usar identificación falsa, a ocultarles a sus empleadores u otros en la sociedad información de si mismos y a negar quienes son y de donde vienen.

Un elemento esencial de la identidad del mundo latino es la fe en el contexto de la Iglesia Católica. El Grito de independencia en México termina con la frase “¡Viva la Virgen!” Esto identifica al mexicano como católico. La Iglesia tiene una función esencial en la dignidad humana del mexicano. Desafortunadamente, existe un desgaste de esta identidad en los Estados Unidos en el presente. Mientras el migrante lucha con asuntos de identidad personal y dignidad humana, muchos pequeños detalles de la vida religiosa de la Iglesia alejan al migrante de esta fuente de dignidad.

Algunos se “atan” a las prácticas de “religión popular” para mantener su identidad en un mundo extraño, pero a menudo, para los jóvenes precisamente estas prácticas causan vergüenza y los separan de todo lo que es parte de su origen. Muchos jóvenes tienen ropa con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, medallas, tatuajes y rosarios colgando del espejo de sus carros, pero rara vez reflexionan en los que estos artículos tienen que ver con la fe y con una relación con Dios. Estos artículos son símbolos de “la raza” y no símbolos de la fe.

La búsqueda de identidad es una gran fuerza que alienta a la comunidad migrante. En los sacramentos, la Iglesia tiene unas herramientas maravillosas para apoyar y aumentar el valor y la dignidad en la comunidad. Estas herramientas deben enfocarse en llevar la gracia y la presencia de Dios a la comunidad latinoamericana.

Capítulo Ocho: La preparación sacramental para los migrantes en los Estados Unidos – ¿Reglas o barreras?

Los migrantes que desean que un niño o niña reciba el Bautismo, la Confirmación, o la Primera Comunión encuentran reglas en la Iglesia en los Estados Unidos confusas e inconsistentes. Un trabajador migrante dijo: “Las reglas de la Iglesia aquí forman barreras que separan a los migrantes de la gracia de los sacramentos”.

Por diez años yo he escuchado de que las familias migrantes experimentan una asombrosa variedad de dificultades al intentar inscribir a sus hijos en programas de formación religiosa. Un administrador de una parroquia dijo: “¿Qué quieren? ¿Calidad o cantidad?” En esa parroquia los programas eran de dos años para la Primera Comunión y dos años para la Confirmación. Además, tenían reglas rígidas de asistencia que eran imposibles de cumplir en el contexto del trabajo agrícola del migrante. Desafortunadamente, estas reglas causan grandes apuros para los trabajadores migrantes. Muchas familias migrantes sienten que estos requisitos los castigan por su incapacidad de participar regularmente en las actividades de la Iglesia. Las reglas rígidas no proveen calidad cuando se excluye de estos programas a tanta gente pobre y trabajadora.

No es una opción entre calidad o cantidad, sino una cuestión de permitir que la gracia de los sacramentos esté disponible para el Pueblo de Dios. Nunca se debe permitir que las reglas del buen orden formen barreras para la participación de los católicos, especialmente de los pobres. No es buena catequesis abrumar al pobre con obligaciones excesivas. Las reglas se necesitan para el buen orden en la administración de los sacramentos, pero todas las reglas deben de ser lo suficientemente flexibles para satisfacer las necesidades pastorales de la gente que tiene poco control del tiempo disponible para rendir culto y participar en la iglesia. Para usar el tiempo, el espacio y el personal adecuadamente, las parroquias establecen programas para la preparación sacramental. Al establecer estos programas, las parroquias fijan expectativas que son demasiado difíciles para las familias migrantes. Los migrantes tienen poco control de sus horarios de trabajo y sus trabajos son temporales e inseguros. Tal parece que muchos programas están rígidamente administrados y se presta poca atención a aquellos que no pueden cumplir con todos los requisitos.

¿A quienes les proclamó Jesús el Reino de Dios?

El Obispo John Steinbock de la diócesis de Fresno se dirigió a este tema en su discurso en la convocatoria diocesana el 25 de enero de 2010:

Jesús se encontraba principalmente entre los pobres, los enfermos, los cojos, los afligidos, los oprimidos, los marginados, los leprosos, los cobradores de impuestos y los despreciados por la alta sociedad. A ellos especialmente Jesús les proclamaba el Reino y el amor de Dios. ¿Quiénes son estas personas en nuestra sociedad y en nuestras parroquias? Son los pobres, las familias desamparadas, los trabajadores agrícolas y sus familias, los migrantes, los indocumentados, los enfermos, los prisioneros. La gran mayoría de estas personas solo asisten a misa de vez en cuando.

Estas reflexiones hablan de los que viven en el margen de la Iglesia, en carros, en campos de trabajo, en grupos aislados de casas, y en granjas y lecherías a través de la diócesis sin el lujo del transporte y sin estabilidad en sus vidas. Debemos ayudar pastoralmente, especialmente a aquellos que Nuestro Señor ama de una manera especial. Para ellos es el Reino de Dios.

“Proclamando el Reino de Dios”
Obispo John T. Steinbock
Convocatoria Diocesana de Fresno, enero 2010

Esta carta pastoral del Obispo Steinbock al clérigo de la diócesis de Fresno capta la relación de la Iglesia con la gente marginada. Los trabajadores agrícolas son sólo un ejemplo de personas con necesidades extraordinarias. Manejadores de troques, enfermeras, artistas, trabajadores de restaurantes y hoteles y muchos otros trabajan largas horas los fines de semana. Para esta gente, es muy difícil asistir a la iglesia los domingos.

Situaciones que requieren flexibilidad para preparar a la gente para los sacramentos no son sólo un problema para los pobres, pero se puede cuestionar si los pobres reciben tanta consideración en circunstancias atenuantes como los demás en la sociedad. En mi primer puesto como sacerdote de 1974 a 1977, tuve el privilegio de preparar a tres jugadores de ligas menores de béisbol para el matrimonio. Eran unos buenos jóvenes, pero el viajar como beisbolistas hacía la preparación para el matrimonio muy difícil. La mayor parte de la preparación se llevó a cabo individualmente sin

la presencia de ambos el hombre y la mujer. Nadie cuestionaría la atención individual necesaria para preparar a estos atletas para el matrimonio. Pero ¿consideramos darles atención individual a quienes trabajan en empleos temporales, lejos de sus familias y que tienen dificultad en asistir a los programas sacramentales en nuestras parroquias?

Es importante recordar que las reglas que hacemos son para la gente, toda la gente. Mientras más sea rígida la regla, más generosos debemos ser para otorgar excepciones. No se considera conveniente crear programas alternativos que atienden las necesidades de aquellos que tienen dificultad para participar en los programas ordinarios de la parroquia debido a sus horarios. Debemos desarrollar una actitud misionera que acoja a la gente a la presencia amorosa de Dios. Nuestras parroquias necesitan ser comunidades acogedoras para los creyentes migrantes.

Invitación u Obligación

El sentido de obligación de los migrantes es abrumador. Se les han impuesto inmensas barreras causándoles un inmenso sentido de indignidad. Estas barreras llevan a acciones disciplinarias que le niegan a la gente el acceso a la gracia de la Eucaristía y la Reconciliación. Esto no significa minimizar las actitudes necesarias para recibir los sacramentos, pero debemos reflexionar más sobre la carta de los Apóstoles a los Gentiles: “*Fue el parecer del Espíritu Santo y el nuestro no imponerles ninguna otra carga fuera de las indispensables*” (Hechos 15,28).

Una pareja que había estado casada por el civil por siete años y tenían dos niños recibió información equivocada por parte de un sacerdote que les dijo que no podían casarse porque no estaban confirmados. Cuando preguntaron qué necesitaban para recibir la Confirmación, el sacerdote les dijo que no podían participar en las clases de Confirmación porque estaban viviendo en pecado y no estaban casados por la Iglesia. Esto puede parecer humorístico, si no fuera tan trágico.

Es importante establecer requisitos básicos para el matrimonio. Los requisitos necesitan estar de acuerdo con la realidad de la gente de fe. No deben ser obstáculos para los migrantes que buscan recibir los sacramentos. Se necesita tomar en cuenta las dificultades de las largas horas de trabajo, la inconsistencia de los horarios y la movilidad del trabajador migrante. A menudo, las parroquias proveen muy pocas oportunidades para las clases de

preparación u opciones para aquellos que no pueden participar cuando se ofrecen los programas.

Es muy común encontrarse con parejas que viven juntos en relaciones fieles que no han sido reconocidas por la Iglesia. Para estas parejas, es muy difícil encontrar sacerdotes que les ayuden a casarse por la Iglesia. A menudo se les niega participar en actividades de la iglesia como por ejemplo, no pueden ser padrinos porque no están casados por la Iglesia. Sin embargo, cuando piden casarse por la Iglesia, encuentran barreras para casarse.

El sacerdote en la iglesia debe considerar cada contacto con los migrantes como una oportunidad para invitarlos y acogerlos a la gracia de Cristo. Es incorrecto preguntarle a una pareja si están casados por la Iglesia cuando no se está dispuesto a ayudarles a arreglar su unión en la Iglesia. El sacerdote debe decir: “Como no están casados por la Iglesia, ¿qué podemos hacer para arreglar su unión?” Despues uno debe estar dispuesto a guiarlos en el proceso del matrimonio por la Iglesia.

Cuando pueden asistir a misa, muchos de los migrantes escuchan sermones que los hacen sentir culpables y avergonzados. Les dicen que no son buenos católicos porque no van a misa con regularidad o por que les falta algo más en sus vidas. Los migrantes tienen una vida muy difícil, separados de su familia y amigos. Trabajan largas horas y viven en ambiente foráneo que los considera sin habilidades ni educación. Además, muchas veces escuchan desde el púlpito que son infieles. Aún así, son Cristo: *“Porque tuve hambre y ustedes me alimentaron; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Pasé como forastero y ustedes me recibieron en su casa”* (Mt. 25,35).

Al escuchar a los migrantes contar sus historias, uno se maravilla de la unión que los pobres tienen con la fe católica. Con una catequesis cuestionable, poca atención pastoral y barreras para recibir los sacramentos, es increíble el arraigo que tiene la comunidad migrante con el catolicismo.

El Derecho a Recibir los Sacramentos

El Derecho Canónico 213 dice: *“Los fieles tienen derecho a recibir de los Pastores sagrados la ayuda de los bienes espirituales de la Iglesia principalmente la palabra de Dios y los sacramentos”*.

Es un "derecho", no un privilegio recibir los sacramentos. Éste es un derecho enraizado en el Bautismo. No es un privilegio que otorgan las autoridades de la Iglesia, sino un derecho enraizado en la acción de Cristo. En el código antiguo del Derecho Canónico, esto se presentaba como el único "derecho" directamente establecido para los laicos. El Concilio Vaticano II pidió que estos bienes (palabra y sacramento) se otorgaran en abundancia.

El Derecho Canónico 843 se refiere a la responsabilidad de los sacerdotes: "*Los ministros sagrados no pueden negar los sacramentos a quienes los pidan de modo oportuno, estén bien dispuestos y no les sea prohibido por el derecho recibirlos*".

El sacerdote tiene la responsabilidad de ver que la persona esté debidamente preparada para recibir los sacramentos. Además, el Derecho Canónico pide que el sacerdote de la gracia de los sacramentos. El Derecho Canónico se refiere a la responsabilidad del sacerdote y no de quien pide los sacramentos. Para cumplir con este requisito, los sacerdotes supervisan programas de formación en sus parroquias.

Las normas administrativas y pastorales para recibir los sacramentos se pueden encontrar en el Derecho Canónico, las prácticas diocesanas, y las reglas de sentido común desarrolladas en la comunidad local. En todos los niveles, es importante recordar que los sacramentos son una señal del amor de Cristo por su pueblo. Por esta razón, el Derecho Canónico cubre muchas situaciones que requieren discreción. Cuando una persona con necesidades especiales pide la gracia del sacramento, si hay alguna duda que la persona no puede entender el sacramento, la iglesia opta en favor de la persona (Derecho Canónico 913). Debemos desarrollar prácticas en relación a los sacramentos que correspondan a la realidad en las vidas de la gente que servimos. Las reglas son importantes, pero el ejemplo de la compasión de Jesús por el enfermo, el ciego, el lisiado y el marginado nos recuerda que el ministerio da testimonio del amor de Dios por el pobre y el más abandonado.

Ningún Programa Atiende las Necesidades de Todos

Cada parroquia necesita alternativas para aquellos que no pueden tomar parte en los programas ordinarios de la parroquia. Ningún programa atiende las necesidades de todos los católicos en una parroquia determinada. Aún los programas más maravillosos no son capaces de atender las necesidades de un número significante de personas en una comunidad.

Como pastor en la zona rural de Kansas, yo insistí en que tuviéramos un programa de escuela de verano de Primera Comunión para los niños que no podían asistir durante el año escolar. Aunque algunos opinaban que el programa que duraba un año era adecuado para todos y que un programa de verano no era necesario, treinta y nueve niños del tercer al séptimo grado asistieron al programa. Más de la mitad de ellos venían de granjas y lecherías de las afueras del pueblo. Los padres expresaron gratitud porque sus hijos tuvieron la oportunidad de recibir su Primera Comunión. Era difícil para ellos traer a sus hijos al pueblo durante la siembra y la cosecha. Además, en el invierno siempre había unos días de nieve. Tuvimos una experiencia inusual en la asistencia de los jóvenes en las clases. El programa de dos semanas duraba tres horas al día, cinco días cada semana. Todos los alumnos en el programa tuvieron asistencia perfecta. Treinta y nueve niños con asistencia perfecta en un programa de educación religiosa muestra la gratitud de las familias por esta oportunidad.

Reglas, no barreras

Desde el principio de la Iglesia, había una necesidad de introducir a las nuevas personas a la fe. En Pentecostés, 3,000 personas escucharon el sermón de Pedro y la comunidad los acogió. Los bautizaron y los invitaron para la fracción del pan. San Pablo les preguntó a varios hombres si habían recibido al Espíritu Santo. Cuando le dijeron que habían sido bautizados pero que no sabían del Espíritu Santo, San Pablo les impuso las manos y ellos recibieron al Espíritu Santo.

En la Iglesia primitiva, el Concilio de Jerusalén habló del problema de admitir a los no judíos a la Iglesia. Se cuestionaba si los no judíos necesitaban ser circuncidados como Judíos para poder bautizarse en Cristo. Al final de la discusión, Pablo y Bernabé fueron enviados a predicarles a los no judíos. Los Apóstoles enviaron una carta que decía: “*Fue el parecer del Espíritu Santo y el nuestro no imponerles ninguna otra carga fuera de las indispensables*” (Hechos 15,28).

En la Iglesia primitiva, el catecumenado se desarrolló al llegar más gente a la Iglesia. Los ritos de iniciación se desarrollaron como medios para acoger a la gente en la vida de la comunidad. Desde el principio de la Iglesia, ha habido desarrollo en la educación y formación religiosa.

En el desarrollo de programas de formación, se establecen reglas para el buen orden de la comunidad. Los métodos de los programas introducen ordenadamente a los nuevos miembros a la comunidad. Los programas bien administrados del Rito de la Iniciación Cristiana crean experiencias maravillosas de bienvenida a la comunidad para aquellos que pueden participar en la experiencia. Sin embargo, la vida de la gente ordinaria está llena de dilemas inesperados. Los programas que requieren asistencia a cierto número de clases o un periodo extendido de tiempo de preparación deben tomar en cuenta las circunstancias especiales.

La enfermedad, la muerte de un ser querido, la pérdida de trabajo, una crisis familiar y otros acontecimientos ocurren en las vidas de la gente ordinaria. Para cualquier horario de clases que una parroquia establezca, siempre habrá personas que no podrán asistir a un programa “ordinario”. Los pobres, los migrantes y los trabajadores jóvenes tienen poco control de sus horas de trabajo y de la estabilidad en sus vidas. La flexibilidad es necesaria para responder a toda la inestabilidad en la vida del Pueblo de Dios.

Capítulo Nueve: Claves para la eficiencia de programas alternativos sacramentales

"Los pastores de almas y los demás fieles, cada uno según su función eclesiástica, tienen obligación de procurar que quienes piden los sacramentos se preparen para recibirlas con la debida evangelización y formación catequética, atendiendo a las normas dadas por la autoridad eclesiástica competente" (Código del Derecho Canónico 843,2).

Los programas de preparación sacramental se desarrollan y se utilizan en las parroquias y diócesis para ayudar a preparar a las personas para recibir los sacramentos. Los programas se desarrollan con una variedad de métodos y tiempos de duración. Desafortunadamente, hay ganadores y perdedores cuando una u otra filosofía catequética se gana el apoyo de una comunidad. Las parroquias invierten recursos en ciertos modelos de catequesis, sin considerar que no todos aprenden de la misma manera.

Los pobres, los desamparados, los indocumentados, los migrantes y los hijos de divorcio y de situaciones abusivas del hogar no reciben la atención necesaria para prepararse para recibir la gracia del sacramento. Los encargados de proporcionar acceso a los sacramentos para aquellos al margen de la sociedad experimentan gran resistencia para ampliar el cuidado de la Iglesia. Los programas alternativos diseñados específicamente para las necesidades especiales enfrentan un escrutinio excesivo y muchas veces los encargados se ven obligados a incluir en sus programas exactamente lo que ha impedido la participación de los pobres en los "programas ordinarios de catequesis".

Ningún programa puede atender a las necesidades de toda la gente pues el Espíritu de Dios se mueve en cada uno de nosotros en diferentes momentos de nuestra vida. El desafío para la Iglesia es proveer la gracia de los sacramentos en el momento oportuno para el Pueblo de Dios, y crear medios eficaces para preparar a las personas para recibir la gracia de Dios en los sacramentos. En cualquier parroquia, el comentario temido en cualquier programa, ordinario o extraordinario, es cuando un sacerdote o un obispo dice: "Estos niños no parecían estar bien preparados para el sacramento". Esto puede decirse de la Primera Reconciliación, la Primera Comunión o la Confirmación. Desafortunadamente, algunas personas suponen que los programas alternativos son inferiores a los programas ordinarios. Mi experiencia me obliga a abogar por los migrantes y asegurarme de que los programas hagan uso eficaz del tiempo disponible para los trabajadores.

1. Tiempo oportuno del programa --- "Sólo tienes el tiempo que Dios te da".

Mi primer contacto con los trabajadores agrícolas migrantes fue en The Dalles, Oregón. Cuando hablé con el obispo Robert Vasa de la diócesis de Baker/Bend, Oregón, hizo lo que considero una respuesta profética a mi preocupación de que, durante una cosecha corta, "¿cómo podría preparar a los jóvenes adecuadamente para la Confirmación?" Dijo: "Sólo tienes el tiempo que Dios te da. Prepáralos y yo los confirmo". Hay dos partes importantes en su mensaje para mí. El sacramento es la obra de Dios, y lo mejor que podemos hacer en el tiempo oportuno es suficiente. Les aseguro que en los nueve años que dirigí el programa de Confirmación para los hijos de los trabajadores agrícolas en Oregón, la calidad de nuestro programa mejoró.

Un tiempo más corto para la preparación sacramental presenta obstáculos y bendiciones. Un programa corto enfoca el mensaje y se presta a la intensidad de la experiencia religiosa. El uso creativo de retiros, la participación de los padres en la experiencia catequética y días de preparación intensa en lugar de meses de preparación pueden preparar a los candidatos efectivamente para la Primera Comunión y la Confirmación.

2. Escuche a la gente

Se pueden desarrollar una variedad de modelos, pero lo esencial para todos los modelos es entrar en un diálogo con los trabajadores, rancheros y dirigentes locales para descubrir los momentos de oportunidad. Hay ventanas de oportunidad que a menudo son de corta duración para preparar a la gente en movilidad y a los pobres para recibir los sacramentos. Lo esencial para cualquier programa es estar dispuestos a llevar a cabo el ministerio cerca de donde residen las personas y fijar horarios de clases según la disponibilidad de los participantes y de los catequistas voluntarios.

3. Enseñe la liturgia

Para los niños preparándose para la Primera Reconciliación y la Primera Comunión, la parte más importante de la preparación es "cómo participar" en estos sacramentos. La participación de los niños en las semanas y meses después de las clases indica la efectividad de nuestros programas de educación religiosa. Un programa de preparación sacramental busca proporcionar una base para la fe de los niños, pero su objetivo principal es la preparación efectiva para que los niños

tengan una buena experiencia cuando reciben los sacramentos de Reconciliación y Eucaristía.

Para desarrollar una relación continua con Cristo y la Iglesia, los niños tienen que aprender ante todo como participar en la misa y cómo ir a la confesión. Existen incoherencias en la celebración de la Primera Comunión cuando los niños están vestidos para la Primera Comunión y los padres están más preocupados por tomar fotos y por bendecir el libro de oración y el rosario que por recibir el sacramento en si. La verdadera prueba es cuando los niños reciben la comunión por segunda vez. ¿Qué tan reverentes se comportan durante en la misa? ¿Son capaces de responder a las oraciones? ¿Son capaces de hacer un examen adecuado de conciencia? ¿Se dan cuenta que tienen un encuentro con Cristo en la Eucaristía o la Reconciliación?

4. Involucre a los padres en una vida de fe

Es prudente asumir la buena voluntad de los padres migrantes en vez de juzgarlos tan severamente como lo hace la sociedad. Debemos darles la bienvenida e invitarles a profundizar su entendimiento de la fe y la vida de oración. Los programas de catequesis extraordinaria para trabajadores agrícolas en Fresno tienen más del setenta por ciento de participación en las clases de formación de adultos. Estas clases toman lugar al mismo tiempo que las clases de los niños. Los programas más efectivos invitan, pero no obligan a los padres a asistir a las clases.

Un legendario misionero Redentorista, el Padre Jimmy O'Connell, dijo de los programas de educación religiosa para los migrantes: "Los hijos de padres que están casados por la Iglesia tienden a ser más activos en la iglesia que los hijos de los que no están casados por la Iglesia". Los padres no sólo necesitan educación religiosa, sino que también necesitan instrucción para recibir los sacramentos. Los programas de educación religiosa necesitan proveer instrucción y apoyo para los matrimonios en los programas de preparación sacramental para los niños.

Se requiere mucho más para desarrollar programas sacramentales efectivos, pero lo más importante es creer que es la misión de la Iglesia llevar el amor de Cristo a todos. Somos una Iglesia que se preocupa por los más necesitados. Debemos recibir a la gente con alegría, aceptar su fe y aprender mutuamente del misterio del amor de Dios.

**Capítulo diez: "Sólo tienes el tiempo que Dios te da".
Misión de verano en The Dalles, Oregón**

La misión de la cosecha de la cereza en The Dalles, Oregón, de 1998 a 2010, me acercó a la gente en movilidad. El tiempo de la cosecha, el pueblo de The Dalles, el apoyo de la iglesia local y la bienvenida de los dueños de los huertos nos brindaron a los seminaristas, a los misioneros laicos y a mí, la oportunidad de afectar las vidas de muchos trabajadores al margen de la Iglesia. Este notable equipo de misioneros laicos y seminaristas crearon un modelo efectivo de ministerio para personas en movilidad.

Desafortunadamente, la misión nunca se integró al ministerio de la parroquia local. La misión era distinta a los programas ordinarios de preparación sacramental y se consideraba que era principalmente para los trabajadores temporales que llegaban a la comunidad para la cosecha. Aunque algunas personas de la parroquia participaron en los programas, los que participaban eran hijos de los jornaleros y de los dueños de las huertas. Siempre y cuando la misión fuera sólo para migrantes, era aceptable que el programa fuera de corta duración y que siguiera normas apropiadas a las necesidades especiales de las personas en movilidad.

Los problemas surgieron cuando la gente de la parroquia comenzó a pedir que sus hijos participaran en los programas para los migrantes. En lugar de buscar "nuevos métodos" de preparación sacramental en los programas de catequesis para migrantes, algunas personas los consideraron como una amenaza para los programas establecidos de preparación sacramental en la parroquia. Consideraban el tiempo reducido del programa de temporada como una forma de evitar las reglas establecidas de la parroquia en lugar de considerarlo como una forma de acercarse a las personas que no habían podido participar en programas parroquiales establecidos. Cuando llegó un nuevo pastor de la parroquia, optó por descontinuar el programa.

Aprendimos lecciones valiosas en la misión de la cosecha de la cereza. La misión respondió a las necesidades específicas de un grupo de personas en movilidad y le dio la bienvenida a una relación con Cristo y la Iglesia. Los programas de corta duración y de gran intensidad entusiasmaron a los migrantes a recibir los sacramentos, especialmente a aquellos que eran mayores de la edad normal para recibirlas.

"Sólo tienes el tiempo que Dios te da..."

La misión de la cosecha de cereza comenzó después de que yo había pasado dos veranos celebrando misas en los campos migrantes. Invité a misioneros laicos y seminaristas a pasar un mes en la misión para dar instrucción catequética para los hijos de los trabajadores agrícolas migrantes. Los equipos de la misión incluían sacerdotes, seminaristas y misioneros laicos. Algunos de los misioneros laicos eran catequistas y maestros con experiencia. Otros eran jóvenes considerando vocaciones en la vida religiosa. Todos estaban ampliamente calificados para trabajar en el ministerio. La misión fue una aventura que exigió flexibilidad y espontaneidad para responder a las necesidades de las personas en movilidad.

En junio del año 2000, nuestro primer equipo misionero llegó a The Dalles, Oregón. El equipo incluía tres misioneros laicos, un seminarista, el Padre Roberto Simon, CSSR, y yo. Cada tarde, el equipo se dividía en dos grupos y celebraba la Santa Misa en diferentes huertas y campos. Pasamos los primeros diez días inscribiendo a los niños para la Primera Comunión y visitamos veinte campamentos más fuera de aquellos en los que celebramos la Misa. Dimos clases en un granero viejo en una de las huertas. Las clases eran de las 3:30 a las 5:30 de la tarde y después de marcharse los niños, nos íbamos a celebrar misa en otros campos. En un periodo de cuatro semanas, celebramos misa en más de treinta y cinco campos. Después de dos semanas de clases, treinta y un niños recibieron la Primera Comunión. Poco antes de terminar las clases, celebramos misa en un campo que no habíamos visitado antes. Después de la misa, doce jóvenes, de diez a dieciocho años, nos pidieron que les diéramos clases. Nos impresionó que fueran los jóvenes los que pidieran las clases, no sus padres. Alargamos nuestra estancia por una semana más y preparamos a los jóvenes tres horas al día por seis días antes de recibir su Primera Comunión.

Basada en la experiencia del primer año, la misión de la cosecha de la cereza hizo cambios el segundo año para mejorar el programa. Así ayudó a establecer una relación más sólida con los dueños de las huertas en The Dalles. Dos maestras de México se unieron al equipo misionero. Una era una psicóloga de una escuela católica en San Luis Potosí, y la otra había sido maestra durante dieciocho años en la misma escuela. Las maestras, junto con tres misioneros laicos, prepararon un programa específico de catequesis adaptado a las necesidades especiales de los niños en los campamentos.

Al terminar la misión, el equipo visitó al Obispo Robert Vasa de la Diócesis de Baker/Bend. El profesionalismo del equipo impresionó al Obispo

Vasa. Dijo que deseaba celebrar la misa de las Primeras Comuniones el próximo año. Cuando le dijimos que la mitad de los estudiantes eran mayores de catorce años, el Obispo dijo que también deberían recibir la Confirmación. Cuando le informamos que sólo teníamos dos semanas de clases, dijo: “Sólo tienes el tiempo que Dios te da. Prepáralos y yo los confirmo”.

Su declaración se convirtió en una reflexión importante para nuestro ministerio con los migrantes. Las personas a las que servimos viven en el momento. Teníamos que hacer lo mejor que podíamos para preparar a los jóvenes para los sacramentos, pero teníamos que hacerlo en un tiempo limitado debido a su movilidad. Por once años, la misión de la cosecha de la cereza en The Dalles les dio a los trabajadores agrícolas migrantes la oportunidad de recibir la gracia del sacramento en la Iglesia.

Los primeros dos años, el equipo misionero incluía sólo personas con credenciales sólidas como catequistas y maestros. En los años siguientes, empecé a invitar a hombres y mujeres jóvenes que también eran migrantes. Algunos carecían de educación formal y estatus legal en los Estados Unidos. Estos jóvenes tenían una fe vibrante y eran líderes en los programas de pastoral juvenil en el suroeste de Kansas. Muchos eran talentosos en el ministerio de la música. La música y los retiros juveniles se convirtieron en una parte importante de la misión. Estos jóvenes tenían una *inquietud* para servir.

No hay buena traducción para la palabra *inquietud* en el inglés. Se puede decir *restlessness*, pero significa más en español. Es el deseo de hacer algo especial en la vida de uno, hacer una diferencia. La *inquietud* de los jóvenes es lo que los atrae a una vocación. Se trata de una *inquietud* del espíritu. Esa *inquietud* es necesaria al considerar el ministerio en la Iglesia de hoy. Varios de los jóvenes que sirvieron en el equipo misionero en The Dalles han ingresado a la vida religiosa. Ahora, muchos son líderes laicos y catequistas en sus comunidades.

VER: Misión sacramental para la cosecha de cereza en The Dalles, Oregón

Después de celebrar misas para los trabajadores en varias huertas los veranos de 1998 y 1999, me di cuenta de que mi formación del seminario y el ministerio parroquial ordinario me habían preparado muy poco para entender la dinámica de la movilidad. La alegría y la fe que los migrantes mostraban

en las misas del campo que yo daba, crearon en mí la *inquietud* que tenía que hacer algo para atraer a esta gente llena de fe a la bendición del sacramento. La brevedad de la cosecha de la cereza y la situación de los trabajadores en The Dalles brindaban una oportunidad para darle a este grupo campesino la gracia de Dios.

El tiempo de la cosecha en The Dalles dura de cuatro a ocho semanas, dependiendo de la huerta y de las variedades de cerezas que tienen las huertas. Más de 6.000 trabajadores y familiares vienen a The Dalles para la cosecha. La cosecha inicia a mediados de junio. La mayoría de los dueños de las huertas proporcionan vivienda a los trabajadores y sus familias. La comunidad local ofrece servicios educativos impresionantes y también cuidado de salud para los trabajadores migrantes.

Los trabajadores que llegan a la zona para la cosecha son casi todos de origen mexicano. Muchos trabajadores llegan en grupos familiares, uniendo a los familiares que sólo se ven durante esta cosecha. Después de la cosecha, la mitad de los trabajadores regresan a su comunidad de origen para trabajar en la agricultura cerca de donde viven. Los demás siguen una variedad de cosechas de cerezas, manzanas y peras en Oregón y Washington antes de regresar a California para pasar el invierno.

Cuando llegué, los dueños de las huertas, tanto protestantes como católicos, me recibieron amablemente y agradecieron la celebración de la misa en sus campamentos. La mayoría de los campos y huertas estaban cerca de la ciudad. La Iglesia Católica fue fácil de localizar y tenía instalaciones disponibles para nuestro uso.

La cosecha de la cereza comenzaba al amanecer, a las 5:00 de la mañana. Mientras los padres estaban en los huertos, los niños asistían a los programas de educación para migrantes que ofrece el distrito escolar. Las clases de educación religiosa podían comenzar a las 4:00 de la tarde después de que los niños llegaban de la escuela y al después del día de trabajo. La cosecha de la cereza era durante los días más largos del año, y los padres estaban contentos de que sus hijos tuvieran algo que hacer. En situaciones normales de la cosecha, las clases se podían dar del 20 de junio al 8 de julio. Aunque las fechas variaban de acuerdo al tiempo de la cosecha, normalmente teníamos una semana para inscribir a los niños en las clases. El programa era de dos semanas, y concluía con la Primera Comunión y la Confirmación en el primer fin de semana de julio.

JUZGAR: Programa específico para los sacramentos en The Dalles

La misión de la cosecha de la cereza comenzaba cada verano con la llegada del equipo misionero al mismo tiempo que iban llegando los trabajadores migrantes a The Dalles. Nuestro equipo llegaba a la parroquia de San Pedro, desempacaba las camionetas y automóviles y celebraba la misa en una de las huertas donde ya habían empezado a llegar los trabajadores. Inmediatamente anunciamos nuestro horario y comenzábamos a inscribir a las personas para las clases. Cada tarde, durante los próximos siete a diez días, el equipo misionero visitaba los sitios de vivienda para inscribir a los niños y publicar información de las clases y el horario de las misas en los campamentos. Cada noche había misa en uno de los campamentos. Después de la misa en un campamento, algunas familias nos ofrecían comida. A veces era una fiesta para todo el campamento, sobre todo en 2003 y 2004 cuando tuvimos un grupo musical extraordinario en los equipos misioneros.

El equipo misionero comenzaba el día con una oración y con un repaso de los acontecimientos del día anterior. El equipo organizaba inscripciones de clases y preparaba los materiales y las clases para los próximos días y semanas. Además, visitar las huertas y los empaques para ver el trabajo de la cosecha era parte de la rutina del equipo. La primera semana era enormemente importante en la capacitación y formación de los misioneros.

El segundo año trasladamos las clases de las huertas a la Iglesia Católica de San Pedro. Los primeros dos años preparamos a los niños para la Primera Comunión y bautizamos a los niños pequeños. A partir del tercer año, los estudiantes de más de catorce años también recibieron la Confirmación. Cada año, el programa se desarrollaba un poco más.

La selección de textos fue un reto para los catequistas por varias razones. Nuestro grupo de estudiantes tenía un historial educativo muy diverso. Los niveles de lectura y la disciplina educativa eran inconsistentes. Los estudiantes venían de familias con muy diferentes niveles de participación en la vida de la fe. Los desafíos eran una parte normal de las evaluaciones diarias para el equipo misionero. Cuestionábamos nuestros propósitos, metas y prácticas al preparar a los niños y jóvenes a vivir su fe católica. Hubo un cambio gradual en la misión para poner más énfasis en enseñar a los niños como recibir el sacramento y tener reverencia y respeto por la fe de sus padres. La doctrina y la instrucción religiosa tenían que involucrar íntimamente a los

alumnos en las prácticas religiosas de sus familias. Enseñarles a los alumnos la historia del *Nican Mopohua* y las tradiciones religiosas de la fe latina era de igual importancia que enseñarles de un texto de catecismo. Necesitábamos enseñarles que el rosario es un medio para rezar y no un adorno que se cuelga del espejo del carro.

Descubrimos que dos semanas de clases era una ventaja y no un obstáculo. Los catequistas con experiencia del equipo misionero estaban emocionados de que varios de los estudiantes se acordaran de lo que les habían enseñado el día anterior. La intensidad del programa que se daba en un período de dos semanas permitía reforzar la enseñanza y los estudiantes se entusiasmaban por recibir los sacramentos. Había límites para el programa en la cantidad de material presentado en las clases, pero los alumnos recompensaron esos límites con su entusiasmo.

Dábamos un retiro para los jóvenes que iban a recibir la Confirmación en uno de los sábados por la tarde. El retiro comenzaba a las 4:00 de la tarde y tenía que terminar antes de las 8:00 de la noche porque los trabajadores tenían que trabajar al día siguiente. El retiro era importante para que los jóvenes se enfocaran en el discipulado y la vocación cristiana. Además, el retiro siempre era un acontecimiento culminante para los estudiantes que estaban preparándose para recibir la Confirmación.

ACTUAR: La flexibilidad y la espontaneidad en la respuesta a las personas en movilidad

Los aspectos más importantes de esta misión fueron la flexibilidad y la espontaneidad. Cada día de la misión de la cosecha, necesitábamos atender a las situaciones que desafiaban a la organización de cualquier programa. En varias ocasiones, empezábamos las clases y descubríamos que algunos alumnos no podían asistir o llegaban muy tarde. Esto a veces se debía a que los trabajadores tenían que trabajar hasta las altas horas de la tarde en cierta huerta. En más de una ocasión corrían rumores de que los agentes de inmigración estaban patrullando los caminos en el área. Surgen temores y crisis en el ministerio campesino sin previo aviso.

La historia de Juanita ilustra la espontaneidad y la oportunidad de ministerio. Juanita se acercó a mí en el penúltimo día de nuestro programa de Confirmación para preguntar: "Padre, ¿qué tengo que hacer para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo?" No era la manera normal de pedir la Primera

Comunión. Le dije que nuestro programa era para gente como ella, pero ya estábamos en el penúltimo día de clase y no podía recibir nuevas personas. Ella empezó a llorar. Le pedí que se sentara y me contara su historia.

Juanita me contó que su familia había llegado la noche anterior y que se enteró de nuestro programa por medio de sus primos que estaban en la clase. También me contó que había vivido en diez ciudades diferentes en ocho años, que se había inscrito tres veces para las clases de Primera Comunión, pero que nunca había terminado los programas. Cada vez tenía que empezar de nuevo. Yo le hice preguntas de la fe. Era evidente que ella estaba bien informada sobre el catolicismo. Le pregunté: "¿Cómo es que sabes tanto acerca de la Iglesia?" Ella dijo: "Padre, vamos a misa los domingos. Somos católicos. Solo somos migrantes". No había duda de que iba a seguir creciendo en su práctica de la fe católica. Le di la bienvenida a la clase. Cuatro días más tarde recibió la Confirmación y la Primera Comunión.

No hay respuestas fáciles

No es fácil estructurar programas con las diversas necesidades que se encuentran en la comunidad agrícola. El programa de la catequesis en la misión de la cosecha de la cereza evolucionó y cambió de un año a otro en respuesta a las situaciones que enfrentábamos. El elemento clave era ofrecer una experiencia de evangelización para la gente al margen de la Iglesia. Usamos el tiempo que Dios nos dio. La gente vivió un momento de gracia.

Recientemente le pregunté a una muchacha que se está preparando para su boda, dónde había sido bautizada. Ella me dijo: "The Dalles, Oregón". La miré y le pregunté: "¿Y yo te bauticé?" Ella dijo, "Sí, Padre". Cuando la bauticé, ella tenía sólo once años, por eso no pude reconocer a la joven delante de mí. Muchos cuestionan la eficacia de los programas para las personas que no pueden asistir a misa regularmente. Ver a esta joven, tan orgullosa de su fe once años después de que recibió los sacramentos de iniciación, es la mejor recompensa del ministerio campesino.

Capítulo Once: Allensworth, California: Misión a una comunidad olvidada

Allensworth es un pueblo que fue fundado en 1908 por el coronel Allen Allensworth y otros cuatro fundadores africanos-americanos. En 1974, el estado de California compró el terreno donde estaba el histórico pueblo y fundó a Allensworth State Park para rendirle homenaje a la ciudad original. El parque es un homenaje a la historia de los soldados Buffalo de la Guerra Civil y los ex esclavos que llegaron a un lugar aislado al sur del Valle de San Joaquín para construir su propio pueblo. Al sur del parque está la comunidad no incorporada de Allensworth. En el pueblo hay una escuela primaria, un centro comunitario y una pequeña iglesia cristiana, pero no hay gasolinera, tienda ni correo. Incluso es difícil distinguir la comunidad desde la carretera porque las vías del ferrocarril obstruyen la vista del pueblo. El noventa por ciento de la comunidad es hispana y el otro diez por ciento son africanos americanos.

Los católicos de Allensworth me pidieron ayuda para organizar una comunidad de base para nutrir su fe con una misa de vez en cuando. Antes de ofrecer una misa en el pueblo, llamé al pastor de la parroquia más cercana en Earlimart y él dijo: "Allensworth no es parte de mi parroquia, pertenece a Corcoran". El pastor de Corcoran dijo que pertenecía a Delano, y el pastor de Delano dijo que Allensworth pertenecía a Earlimart. Después de haber informado a los tres pastores, fui a conocer esta comunidad aislada de Allensworth. Después de la misa el 12 de julio de 2010, algunos me preguntaron: "Padre, ¿puede venir a celebrar una misa para nosotros el mes que entra?" Desde entonces, he dado una misa en el pueblo de Allensworth cada mes.

Después de tres meses, me invitaron a una reunión municipal para hablar de algunos deseos y preocupaciones de la comunidad. Toda la reunión se llevó a cabo en inglés y en español. Cada declaración hecha por una persona en cualquier idioma fue traducida, y después la siguiente declaración fue hecha y traducida. Regularmente reuniones como éstas experimentan tensión e impaciencia cuando la gente espera para las traducciones. Me quedé impresionado con la paciencia y el respeto que todos los participantes se dieron unos a otros. La experiencia de ver una comunidad de casi 100 familias mostrando este tipo de respeto uno a otro era impresionante.

Después de la reunión, el pastor Melvin de la iglesia sin denominación me dijo: "Hermano Mike, estoy feliz de que hayas venido a ofrecer servicios a nuestros hermanos católicos en nuestro centro comunitario. Pero hay sola

una casa de Dios en este pueblo y les invito a ofrecer sus servicios en mi iglesia". Al mes siguiente celebré la misa en su iglesia. Estábamos muy agradecidos, pero regresamos al centro de la comunidad, ya que era más grande y más cómodo para la gente.

Allensworth es una comunidad aislada con pocas comodidades. El pueblo ha tenido que luchar con las autoridades del estado y del condado por los servicios y por las preocupaciones de linderos. Es un pueblo olvidado por el estado, el condado y la Iglesia. Sin embargo, sus habitantes están orgullosos de su pequeña comunidad. Este pueblo, con más de 100 años, es conocido como "el pueblo que no muere".

Primera Comunión en Allensworth

Después de unos meses, los padres pidieron la Primera Comunión para sus hijos. Había muchos niños de ocho a quince años que no habían recibido su Primera Comunión. El pueblo está a trece millas de la Iglesia más cercana. Aunque Earlimart es la parroquia más cercana, Allensworth se identifica más con Delano. Las familias bautizaron a la mayoría de los niños en Delano. La mayoría de los trabajadores se dedican a la agricultura. Por razones de pobreza, los horarios de trabajo y cuestiones de inmigración, es muy difícil llevar a los niños a Delano para los programas de educación religiosa. En esta comunidad, los programas ordinarios parroquiales son caros debido a la distancia y difíciles debido al horario. Por eso, muy pocos niños en el pueblo pueden participar en las clases de las parroquias.

Me reuní con los padres dos veces para mostrarles cómo enseñarles a sus hijos las oraciones y los fundamentos de la fe. Le prometí a la comunidad que, durante el verano, un grupo de seminaristas vendría para ofrecer un curso de verano de dos semanas y que los niños recibirían su Primera Comunión al final del curso. La mayoría de las familias y los niños asistieron a la misa mensual. Aprovechaba las misas para enseñarles y recordarles a los padres de su herencia de fe de América Latina. Las celebraciones de Nuestra Señora de Guadalupe, la Navidad, el miércoles de ceniza, la Pascua, y las fiestas de su santo patrón me permitieron evangelizar a la comunidad.

En junio del 2011, por dos semanas, cinco seminaristas Redentoristas se unieron conmigo para llevar a cabo este trabajo apostólico en Allensworth. Había cuarenta y tres niños en nuestras clases. Las clases se llevaron a cabo la última semana de junio y la primera semana de julio en los terrenos de un

pequeño rancho de caballos. Cada clase se reunía de las seis a las ocho de la noche. Hacía mucho calor y había mucho polvo. Mientras que los niños tenían clase, muchos padres se quedaban. Algunos ayudaban con las clases y otros compartían conmigo los retos a los que se enfrentaban como trabajadores agrícolas migrantes.

El texto para las clases tenía veinte lecciones y los seminaristas establecieron un plan de clase que consistía en tres sesiones de cuarenta minutos cada una. Dos sesiones estaban basadas en el texto y la otra sesión en la liturgia. En la sesión de la liturgia, los niños aprendían a orar, a participar en la misa y a confesarse. Aunque la enseñanza de la doctrina era importante, uno de los grandes beneficios del programa era el desarrollo de la reverencia por la oración y los sacramentos.

Los seminaristas tuvieron una experiencia extraordinaria con los niños de la Primera Comunión. Cada tarde íbamos a cenar con una familia del pueblo una hora antes de la clase. En el camino encontrábamos a los niños caminando a las clases por más de dos millas de distancia bajo un calor de más de 100 grados de temperatura. Después de las clases, muchos niños tenían que caminar de regreso a su casa. Las condiciones eran extremas. Les proveíamos agua y seguíamos la sombra. El cambio de clase a clase nos daba la oportunidad de estar en movimiento, ganar su atención y proporcionar descansos para el agua. Los niños casi no faltaron a clase los diez días y su entusiasmo por recibir su Primera Comunión aumentó.

Para los niños, la preparación diaria para confesarse y asistir a misa fue muy efectiva. El día de la Primera Confesión, los niños estaban listos y sólo un poco nerviosos. Seis meses después, en la misa de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, escuché uno de los mejores comentarios sobre la reverencia de los niños. Un mariachi tocó en la misa y después de la misa, uno de los músicos dijo: "Padre, he estado tocando en las misas durante veinticinco años. Nunca he visto a niños tan reverentes en la misa como en este pueblo". Observó cómo los niños se acercaban a recibir la comunión.

Mejoramiento para el segundo verano

En comunidades aisladas como Allensworth, hay una gran movilidad e inestabilidad. Un año después de las clases, veinte de los niños del programa del primer año ya no vivían en Allensworth. Así es la movilidad de los migrantes. Ofrecimos una segunda sesión de la Primera Comunión las últimas dos semanas de junio del 2012. Esta vez había cincuenta y un niños en el programa. A las clases de los niños las modificamos muy poco, pero agregamos una clase para los padres cada noche. Les pedí a los padres asistir la primera noche y les dije que las próximas nueve noches eran opcionales, pero que iba a ofrecer una clase de formación de adultos en la fe católica. El programa no solamente era de lo que los niños estaban aprendiendo, sino que también se trataría de la fe, el evangelio, la liturgia, el matrimonio y la enseñanza de los valores. Aunque insistí que el programa era opcional, de las veinticinco familias en el programa, entre treinta y cuarenta adultos asistieron todas las noches.

Al final del programa, escribí un artículo para la Revista *National Catholic Rural Life* acerca de una de las familias. Una familia conmovió a todos los que participaron en nuestro programa. La historia de esta familia muestra que el ministerio debe ser flexible y debe permitir la espontaneidad necesaria para satisfacer las necesidades extraordinarias de personas al margen de la Iglesia y la sociedad. El artículo: "La fe de los migrantes: Primera Comunión de los siete hijos de los migrantes" sigue a continuación.

"La fe de los migrantes: Primera Comunión de los siete hijos de los migrantes"

Por trece veranos he presentado programas para la Primera Comunión de niños de trabajadores agrícolas migrantes en Oregón y California. Cada año, varios seminaristas Redentoristas y voluntarios laicos me han acompañado en las huertas, viñedos, lecherías y comunidades aisladas, facilitando el acceso a los sacramentos para los hijos de los migrantes. En el verano del 2012, nuestro equipo Redentorista de la misión de verano ofreció clases para la Primera Comunión para cincuenta y un niños y adolescentes en Allensworth, California. Las clases eran por diez noches con clases para los niños

y para los padres. Este año fue excepcional, con asistencia casi perfecta no sólo de los niños sino también de los padres.

Cada año, tres o cuatro familias dejan una impresión duradera en los equipos misioneros. Una familia nos commovió de una manera especial. Esta familia nos evangelizo más que nosotros a ellos.

El camino de fe para una familia migrante

Pompeyo y Elia han estado casados por treinta y ocho años. Tienen dos hijos y diez nietos. En 1999, todos se vinieron para trabajar a los Estados Unidos. Pompeyo, Elia, los dos hijos y sus esposas y dos niños llegaron a Arizona en busca de trabajo en cualquier oportunidad que pudieran encontrar. En los primeros doce años en los Estados Unidos, su búsqueda de trabajo los llevó a nueve estados: Arizona, California, Texas, South Dakota, Kansas, Georgia, Nevada, Maryland y Mississippi. Se mudaron más de quince veces y finalmente llegaron a California en el 2009. Los dos hijos tuvieron otros ocho niños. La familia nunca se separó en toda su jornada siguiendo el trabajo.

Al igual que muchos católicos, hubo un tiempo en que Pompeyo y Elia eran carentes e inconsistentes en la práctica de la fe. Ellos deseaban haber sido mejores ejemplos cuando sus hijos eran pequeños, pero la práctica de su fe se hizo más consistente cuando sus hijos llegaron a la edad adulta. Los diez nietos fueron bautizados, pero sólo la más grande recibió su Primera Comunión. Ninguno de los otros nietos recibió la Primera Comunión por motivos de movilidad, pobreza y angustia.

En el 2009, la familia experimentó el primero de varios desafíos que cambiarían sus vidas. La esposa del hijo mayor murió de repente dejándolo con cinco niños de dos a catorce años. Los abuelos asumieron más responsabilidad. Luego en el 2010, en una redada de inmigración en el lugar de trabajo, las autoridades arrestaron y deportaron al otro hijo y a su esposa, dejando a los abuelos con sus cinco hijos. En abril del 2011, las autoridades deportaron también al hijo viudo.

La adversidad llevó a la familia a un vínculo más profundo y surgió en ellos el deseo de estar más cerca de Dios. Pompeyo y Elia les enseñaron a sus nietos valores como la cortesía y la disciplina. Los abuelos les ofrecieron estabilidad a los niños que habían perdido a su madre y a los niños cuyos padres habían sido deportados. Pompeyo, Elia y sus hijos consideraron lo que era mejor para los niños. Los padres querían que sus hijos estuvieran con ellos, pero temían no poder cuidar de ellos en México. A pesar de todo, los abuelos les brindaron a los nietos estabilidad, amor y fortaleza.

La desilusión con la Iglesia

Los niños no tuvieron la oportunidad de recibir la Primera Comunión porque la familia no permanecía en un lugar el tiempo suficiente para completar un programa catequético. En el lugar anterior donde vivieron, las personas encargadas de la catequesis les informaron que los niños necesitaban estar en un programa de dos años y que no se podía hacer una excepción. Pompeyo y Elia sentían tristeza al contemplar si irse a México para reunir a la familia o continuar luchando para establecer su hogar en los Estados Unidos. Estaban desilusionados con los líderes religiosos y sacerdotes que no cooperaban con ellos para asegurar que los niños recibieran los sacramentos.

Pompeyo y Elia se enteraron de otros programas campesinos en otras comunidades que ofrecían programas más de acuerdo con las vidas de los trabajadores agrícolas, pero esos programas no estaban en la zona donde vivían. Oyeron hablar de un misionero que tenía un equipo de seminaristas y laicos que ofrecían clases de verano para los niños, pero no tenían idea de dónde o con quién comunicarse. Pompeyo dijo: "Yo pensé que era sólo un mito". Entonces, en un grupo de oración, se enteraron de que había un misionero empezando un programa de la Primera Comunión a unas trece millas de donde vivían y que al día siguiente eran las inscripciones. Pompeyo y Elia inscribieron a siete niños de ocho a diecisésis años.

Momento incómodo en las clases

El primer día de clases había cuarenta niños. Otros ocho niños ingresaron a la clase los siguientes dos días. En la cuarta noche, dos madres pidieron que sus tres niños ingresaran a la clase. Me opuse y les dije que como eran de una ciudad, que no vivían en el campo y que era la cuarta noche, no podíamos aceptar más niños en las clases. Me sentí incómodo al ver a las mujeres alejarse. Le avisé a la clase que tenía que hablar con las dos madres. Pompeyo dijo: "Fue como si él hubiera dejado a las noventa y nueve ..." Unos minutos después, les dimos la bienvenida a las dos mujeres al grupo y enviamos a los niños a participar en las clases. Pompeyo dijo: "Lo vi luchar con lo que debía hacer, y usted hizo lo correcto."

Confiar en Dios

El primero de julio, cincuenta y un niños recibieron su Primera Comunión. Varios padres habían empezado a prepararse para casarse por la Iglesia. Todas las familias trajeron comida para una celebración después de la misa. Varios tuvieron fiestas con sus familias en la tarde y en la noche. El equipo de la misión fue a varias fiestas, pero la fiesta de los siete nietos de Pompeyo y Elia fue muy especial. La alegría de los siete niños y sus hermanos era evidente. Dos de los niños presumieron sus logros de la escuela pues habían ganado el primero y segundo lugar en la competencia de oratoria para estudiantes de educación migrante en el estado de California. Una obtuvo el primer lugar y su prima obtuvo el segundo lugar para estudiantes de séptimo grado. Lo que causó más risa fue cuando los niños le dijeron a la que obtuvo el primer lugar: "No olvides que eres la más tonta de la familia". Ella había sacado una "B" en sus calificaciones de la escuela; los otros habían sacado "A" en todas sus calificaciones.

El viernes después de las Primeras Comuniones, Pompeyo, Elia y los diez nietos fueron a México para reunirse en familia con los padres de los niños. Pompeyo dijo que durante mucho tiempo habían pensado enviar sólo a los niños, pero los niños les dijeron: "Ustedes no nos pueden dejar". Por un momento consideraron que Pompeyo se podría quedar en los Estados Unidos para enviar dinero, pero él

me dijo: "Padre, en treinta y ocho años nunca hemos estado separados. Ahora no es el momento para empezar".

Nunca subestime a una familia de fe. Ésta es sólo la historia de una de las familias migrantes que he tenido el privilegio de conocer. Son personas al margen de la sociedad que necesitan nuestra atención.

Allensworth: ejemplo de muchas comunidades aisladas

La historia de éxito de una misión en Allensworth es una gran bendición, pero hay cientos de comunidades aisladas en zonas rurales de California con católicos que requieren atención. Llevar el mensaje de la Iglesia Católica a estas comunidades no es fácil. El mensaje más importante es que tenemos que estar dispuestos a presentar la "Nueva Evangelización" como lo han pedido el Papa Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco.

Capítulo Doce: Nueva evangelización - nuevos métodos

"La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su energía plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión".

John Paul II, Discurso al
CELAM, 1983

Hace treinta años, el Papa Juan Pablo II convocó a la Iglesia a una nueva evangelización, "nueva en su ardor, métodos y expresión". Esta convocatoria se hizo en el contexto de la preparación para el quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América. El Papa estaba preocupado por los jóvenes, y habló de los desafíos del mundo moderno y la migración de los pueblos sobre todo por el desorden de las guerras, los desastres naturales y las dificultades económicas. El discurso se enfocó especialmente en América Latina, apreciando la fe de América Latina y sus dificultades económicas y políticas.

La convocatoria a una nueva evangelización del Papa Juan Pablo II y del Papa Benedicto XVI ha generado más atención en los últimos años. Al meditar en la voz profética de los dos Santos Papas, necesitamos evaluar las acciones que se han tomado para generar una nueva evangelización y para reconocer que nuestros esfuerzos no siempre han producido los resultados esperados. Ha habido muchos experimentos en la catequesis, la pastoral juvenil, los programas de evangelización y en los movimientos en la Iglesia en los últimos treinta años. Algunos programas satisfacen las necesidades de las comunidades y siguen desarrollándose. Otros experimentos crean acontecimientos y momentos de bendición. Algunos métodos nuevos pierden su energía. Existe el peligro de que un método en particular se convierta en el único programa. Ningún programa atiende a las necesidades de todos.

La opción de la Iglesia es de crear "nuevos métodos y expresiones" para llevar el amor de Dios a los marginados de la sociedad. El Obispo John Steinbock de la Diócesis de Fresno, California dijo: "¿Estamos tan entretenidos con aquellos que pertenecen a la parroquia, los que vienen regularmente el domingo y apoyan y son activos en la parroquia que nos olvidamos de extender la mano y proclamar el Reino de Dios a los pobres y a

los marginados? Ellos son amados por el Señor de una manera especial y tenemos la responsabilidad de proclamarles ese amor" (Convocatoria Diocesana de Fresno 2010).

Las personas que viven en las sombras de malas leyes de inmigración y en la miseria de la pobreza necesitan un ministerio que sea oportuno y que aumente su fe en el amor de Dios y la Iglesia. Los capítulos diez y once presentan las historias de dos programas exitosos del ministerio migrante. Los programas respondieron a la necesidad en un momento oportuno para llevar la gracia del sacramento a la gente. Es fácil para los líderes en la educación religiosa ver la necesidad de usar el momento oportuno para evangelizar a los campesinos que se trasladan de un cultivo a otro. Aún así, los líderes de la Iglesia tienen que caminar más cerca de las personas cuyo tiempo es limitado por las circunstancias del mundo moderno.

Caminando con el pueblo

Los Redentoristas tienen un refrán que dice que somos llamados a "evangelizar y ser evangelizados por los pobres". Me he dado cuenta que al trabajar con los pobres, siempre siento más paz, alegría y esperanza de lo que yo puedo brindarles. La oportunidad de ver los ojos de fe entre muchos de los que viven en las sombras de la sociedad y de nuestra Iglesia es una bendición. Se nos dice, "No tengan miedo" (Juan 6,20). Es una gran bendición llevar el mensaje de Jesús a los que nuestra comunidad desconoce, a los marginados.

Durante muchos años, he estado involucrado en el ministerio extraordinario en la Iglesia, empezando con mi trabajo en el centro de la ciudad de Denver predicando misiones parroquiales y trabajando con trabajadores agrícolas y otros migrantes. La gente me pregunta: "Padre, ¿dónde está su parroquia?" Desde hace mucho tiempo, yo no he estado ligado a una parroquia. Esto (no acento) confunde a muchos miembros de la Iglesia. Sin embargo, mi trabajo me ha dado una perspectiva de ser un forastero en el ministerio ordinario de la Iglesia.

Hay estudios que indican que menos del treinta por ciento de los católicos estadounidenses asisten regularmente a la misa dominical. Ciertamente hay muchas razones para esto. Es un error reprender y juzgar a los que no asisten a misa regularmente como "tibios o descuidados". La razón es mucho más compleja. Hay gente de gran fe que necesita comprensión y amor cuando viene a la Iglesia a pedir atención. Es un privilegio caminar con

personas que no han recibido atención personal de un sacerdote. Es difícil proveer atención personal al Pueblo de Dios por la falta de personal y recursos, pero los sacerdotes y líderes en el ministerio necesitan desarrollar maneras de caminar con la gente.

Hay tantas personas que necesitan atención personal. En la Diócesis de Fresno hay 200,000 trabajadores agrícolas que enfrentan desafíos debido a la naturaleza de los trabajos, problemas con la inmigración y el frágil mercado económico. Tenemos voluntarios comprometidos en el ministerio extraordinario de la Iglesia. A menudo, las parroquias no toman en cuenta las necesidades extraordinarias. El Consejo para el Ministerio Extraordinario de la Diócesis de Fresno llegó a un acuerdo sobre los siguientes principios para la evangelización diseñados para satisfacer las necesidades de los migrantes y los inmigrantes. Muchos de los principios son de sentido común, pero otros se refieren a la información errónea y prácticas que fracasan en su intento de acoger al migrante.

1. Reciba a la persona con amor y dignidad. Es importante recibir a una persona con amabilidad y paciencia. Es necesario prestar atención para entender la situación de la persona que pide la gracia del sacramento, pues mucha gente se confunde con los requisitos para la preparación sacramental.

2. Asegure a la persona que recibirá atención. Los sacramentos se deben dar de manera oportuna de acuerdo con la solicitud de la persona. Recientemente una familia ingresó a un programa del Ministerio Campesino porque en su parroquia pusieron a su hijo en lista de espera para las clases por más de un año. Al siguiente año, cuando la misma familia solicitó la Primera Comunión para sus dos hijos, la directora de educación religiosa les dijo que todavía no había lugar en el programa. No debe haber listas de espera para recibir la gracia del sacramento.

3. Guié a las personas en lo necesario para recibir y participar ampliamente en los sacramentos según sus necesidades. Es común recibir información equivocada sobre los requisitos para recibir los sacramentos. Cuando los adultos que no se han casado por la Iglesia piden los sacramentos para sus hijos, no solo preparamos a los niños,

sino que también invitamos a los padres a bendecir su matrimonio. A los que ya están casados por el civil los preparamos para el sacramento del Matrimonio. Cuando se casan por la Iglesia, también reciben su Primera Comunión, si aún no han recibido ese sacramento. Después de recibir el sacramento del Matrimonio, se preparan para el sacramento de la Confirmación.

4. Solicite solamente los documentos que sean absolutamente necesarios. Como una persona necesita estar bautizada para recibir los otros sacramentos, se le pide una prueba del Bautismo. Una fe de Bautismo es la prueba más segura. Cuando una persona pide el sacramento de Matrimonio o de Ordenes Sagradas, la parroquia pide una copia reciente de la fe de Bautismo como prueba para tomar esos sacramentos. Aún para tomar esos sacramentos, a veces es necesario buscar alternativas como prueba del Bautismo. Para la Confirmación, pedimos la fe de Bautismo para mandar documentación a la iglesia donde la persona fue bautizada. No se le debe negar un sacramento a ninguna persona por no poder conseguir la fe de Bautismo. Esto simplemente implica más trabajo para los de la parroquia, no para la persona que solicita el sacramento.

5. La donación es voluntaria. No se cobra por el sacramento y a nadie se le niega por no poder pagar.

6. El tiempo de preparación es accesible para la persona según las circunstancias de su vida. La preparación debe ser accesible para aquellos que no pueden participar por razones de dinero, horarios de trabajo, estatus de inmigración y derechos humanos. En un programa reciente, veinticinco por ciento de los niños vivían separados de uno o ambos de sus padres por causa de deportación. Debemos de atender a estas personas que son víctimas del sistema migratorio quebrantado de los Estados Unidos.

7. El proceso incluye a la familia, siempre que sea posible. Esta es la realidad de los programas actuales del Ministerio Campesino en la Diócesis de Fresno. En casi todos los programas de preparación para los niños, al mismo tiempo ofrecemos una clase para los padres sobre la catequesis, la crianza de los hijos y el matrimonio. Tenemos asistencia muy alta en estos programas, pues los padres muestran interés en aprender acerca de su fe y sus tradiciones.

8. Los sacramentos se dan en el orden apropiado. Para las parejas que viven juntas, el matrimonio es la primera preocupación a la que se presta atención. Si la pareja no ha recibido su Primera Comunión, se les prepara para recibir la Primera Comunión y el Matrimonio al mismo tiempo. Como se indicó anteriormente, esta preparación debe hacerse en una manera oportuna según las circunstancias de sus vidas. Si las personas no se han confirmado, eso forma parte de la preparación, y la Confirmación puede realizarse después de que el matrimonio se bendice.

Los éxitos y fracasos en la misión

Cuando era niño, aprendí una gran lección de mi padre cuando aprendí a patinar sobre el hielo. Yo tenía seis años cuando mi padre me llevó a patinar. Me encantó inmediatamente. Un día llegué a casa después de patinar sintiéndome muy orgulloso. Le dije a mi padre: “Papá, patiné durante dos horas y no me caí una sola vez”. Él simplemente dijo: “Qué lástima que no aprendiste nada”. Desde ese momento, supe que fracasar era aceptable si uno aprendía de la experiencia.

Debemos reconocer que algunos programas tendrán más éxito que otros cuando creamos nuevos métodos para la evangelización. La evangelización requiere evaluación, cambio y mejoramiento cuando llevamos el mensaje del amor de Dios a las personas al margen de la Iglesia. Es importante recordar que el éxito de la misión no es sólo nuestro. El Espíritu puede lograr más de lo que imaginamos, si escuchamos y observamos la respuesta de aquellos a quienes atendemos.

Casi siempre, cuando hay cambios, a los innovadores se les cuestiona. Algunos educadores religiosos que se niegan a ver las necesidades de la gente en movilidad consideran nuestros programas extraordinarios para los sacramentos “demasiado breves”. Juzgan a los programas inadecuados sin preguntarles a las personas lo que la experiencia ha significado para ellos.

Aprovechar el tiempo oportuno es esencial para brindar al migrante el amor y la misericordia de Dios. “Sólo tenemos el tiempo que Dios nos da”. Habrá éxitos y fracasos en el ministerio, pero aprendemos de la gente a medida que avanzamos en el ministerio.

Viva hoy, sueñe para mañana

Estamos en el camino a la salvación. El migrante es la encarnación viviente de lo que significa ser un seguidor de Cristo. El migrante deja todo para emprender un viaje con la esperanza de una vida mejor. Aunque el migrante no ve el final de su jornada, camina con esperanza. Así como Cristo tomó el camino que incluyó la muerte en la cruz, seguimos en un camino de esperanza para una nueva vida. Seguir a Jesús es nuestro camino a la esperanza y a una nueva vida.

Comentarios finales: El desarrollo de una buena relación con los migrantes

Mis reflexiones finales sobre el ministerio migrante se resumen en un artículo que escribí para la revista *National Catholic Rural Life Conference* en 2012 sobre como tener una buena relación con los trabajadores agrícolas inmigrantes. Aunque el artículo es particularmente sobre el respeto a los trabajadores del campo, se puede aplicar a todos los migrantes e inmigrantes.

“Right Relationships with Immigrant Farm Workers” (Relaciones justas con los campesinos inmigrantes)

Un trabajador agrícola migrante, al fin del día me dijo: "Padre, hoy mi cuadrilla pizcó cuarenta toneladas de cerezas. Mañana estas cerezas estarán en las mesas en Nueva York, Londres y San Francisco. Hemos hecho algo bueno por la humanidad y mañana vamos a pizcar otras cuarenta toneladas". El orgullo que este hombre siente de llevar alimentos a las mesas de toda la humanidad demuestra la importancia de la agricultura.

Al hablar de sus trabajadores, un ranchero quiere poner énfasis en el respeto que debemos tener para los que trabajan en su huerta y se refiere a ellos como “mis trabajadores con talento”. Lo dice para responder a la retórica de los grupos anti-inmigrantes que insultan al trabajador migrante como “mano de obra sin talento”. Es un arte pizcar la fruta correctamente, sin magullarla, sin dañar el árbol o la viña. Él dice: "Necesito trabajadores especializados, no todos pueden hacer este trabajo".

En el 2012, ICE (Immigration Customs Enforcement) hizo una redada en una comunidad de trabajadores migrantes a las tres de la mañana. Seis mujeres y veinte niños vieron como la migra se llevaba a sus esposos y papás encadenados. Los deportaron en una semana. Las autoridades no se preocuparon en lo absoluto por proteger o cuidar a estos niños. Las iglesias, las escuelas y las agencias comunitarias intervinieron, pero no estaban preparadas para atender a las necesidades de estos niños.

La situación del trabajador agrícola inmigrante es una realidad compleja de problemas relacionados con la economía, el medio ambiente, las negociaciones laborales, la seguridad, la inmigración, la política y la movilidad. Los obispos hispanos/latinos de los Estados Unidos declararon en una carta a los inmigrantes en la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe: "La

crisis económica ha tenido un impacto en toda la comunidad de Estados Unidos. Lamentablemente, algunos en reacción a este entorno de incertidumbre desprecian a los inmigrantes e incluso los culpan de la crisis. No encontraremos la solución a nuestros problemas al sembrar odio. Sólo encontraremos la solución con solidaridad con los trabajadores –inmigrantes y ciudadanos - que conviven en los Estados Unidos" (USCCB, 12 de diciembre de 2011).

El respeto a trabajadores

El camino fundamental para una relación correcta con los que trabajan los campos es el respeto. Hay una falta de respeto en la sociedad americana hacia el trabajo, el trabajador y el inmigrante. La falta de respeto perjudica al trabajador, al empleador, al medio ambiente y a la sociedad en general. Al fin de cuentas, todos son víctimas de esta falta de respeto. Se menosprecia la noble labor de sembrar, cultivar y cosechar.

Las presiones que sienten los trabajadores y los rancheros afectan su relación. El motivo de esta presión es la injusticia del sistema quebrantado de inmigración. No hay respuestas fáciles. La unidad familiar y la protección de los niños requieren valor y compasión en la sociedad norteamericana.

Nuestra respuesta católica para promover una relación correcta con los trabajadores del campo empieza con un profundo respeto. Decimos casualmente, "Respete la vida". Tenemos que personalizar ese respeto. Respete a los trabajadores del campo. Respete a los niños que carecen de muchas de las necesidades de la vida y de la dignidad humana. Respete a los rancheros que luchan en esta economía y tratan bien a sus trabajadores. Y cuando se siente a comer, diga una oración agradeciendo a aquellos que proveen alimentos para la humanidad.

Bibliografía

La Biblia Latinoamerica. España. Editorial Verbo Divino, 1989.

Recursos del Vaticano:

Código de Derecho Canónico. Archivo Web Vaticano.
http://www.vatican.va/archive/ESL0020/_INDEX.HTM

Benedicto XVI. *Caritas in veritate* [Encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad] Archivo Web Vaticano, 29 de junio de 2009.
http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html

Juan Pablo II. "Homilia: Canonización de Juan Diego Cuauhtlatoatzin en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe". Ciudad de México. Miércoles 31 de Julio de 2002.
http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies/2002/documents/hf_jp-ii_hom_20020731_canonization-mexico_sp.html

Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi* [Exhortación Apostólica] Archivo Web Vaticano, 8 de diciembre 1975.
http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi_sp.html

Otros recursos:

Go and Make Disciples: A National Plan and Strategy for Catholic Evangelization in the United States. Washington, DC: United States Conference of Catholic Bishops, 2002.

International Catholic Migration Commission: Reflections by ICMC Secretary General. Geneva. July 21, 2009.
http://www.icmc.net/system/files/activity/reflections_caritas_veritate_pdf_60353.pdf

Lazarus, Emma. *The New Colossus*. New York, 1883.
<http://www.libertystatepark.com/emma.htm>

Steinbock, Bishop John. "Proclaiming the Kingdom of God." Fresno Diocesan Convocation. January 2010.

Valeriano, Antonio. Traducción del náhuatl al español por Rosas Sanchez, Mario. *Nican Mopohua* (Aquí se narra). Centro de Estudios Guadalupanos, A.C. México. Sin fecha de edición.

Worster, Donald. *Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s*. New York: Oxford University Press, 1979